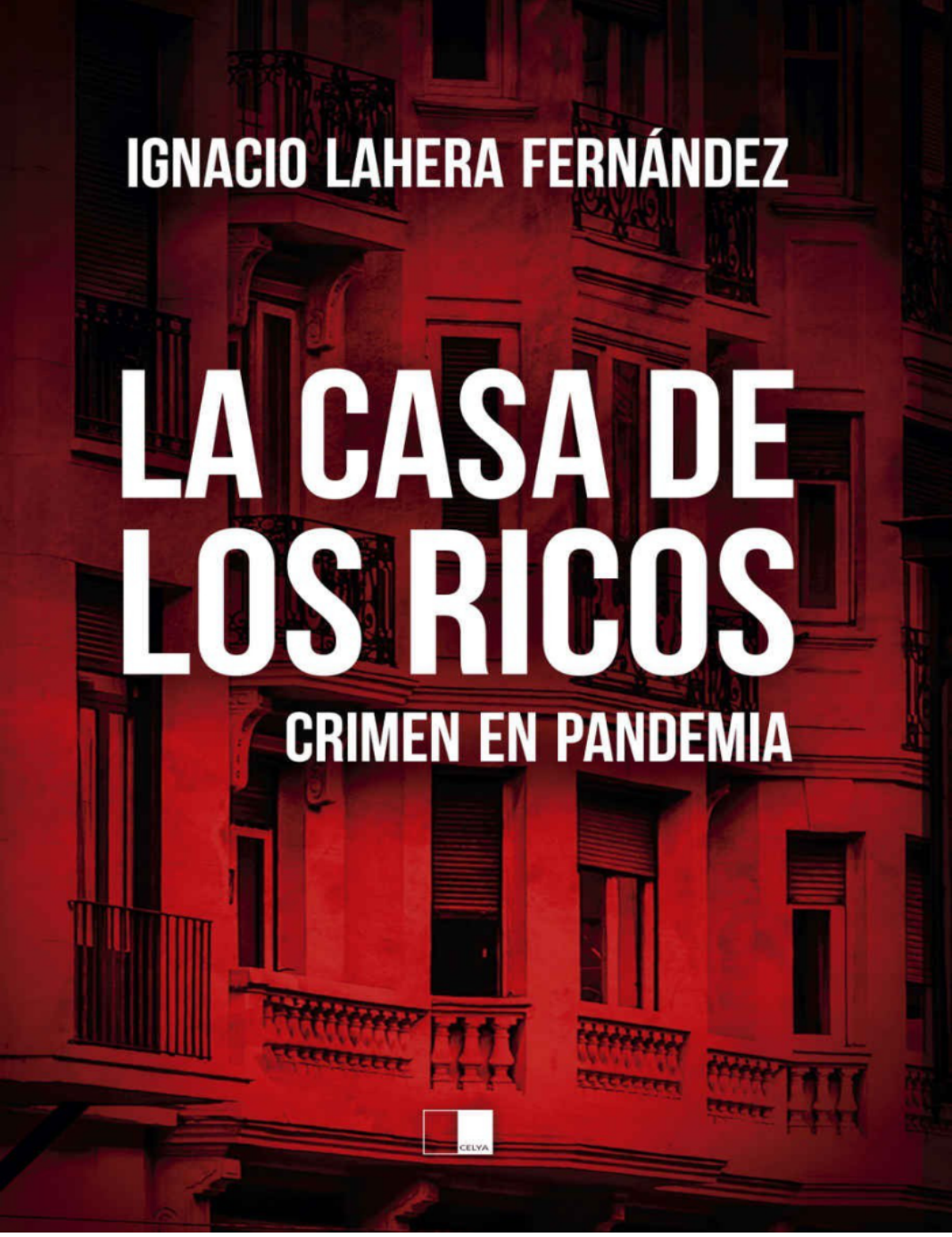
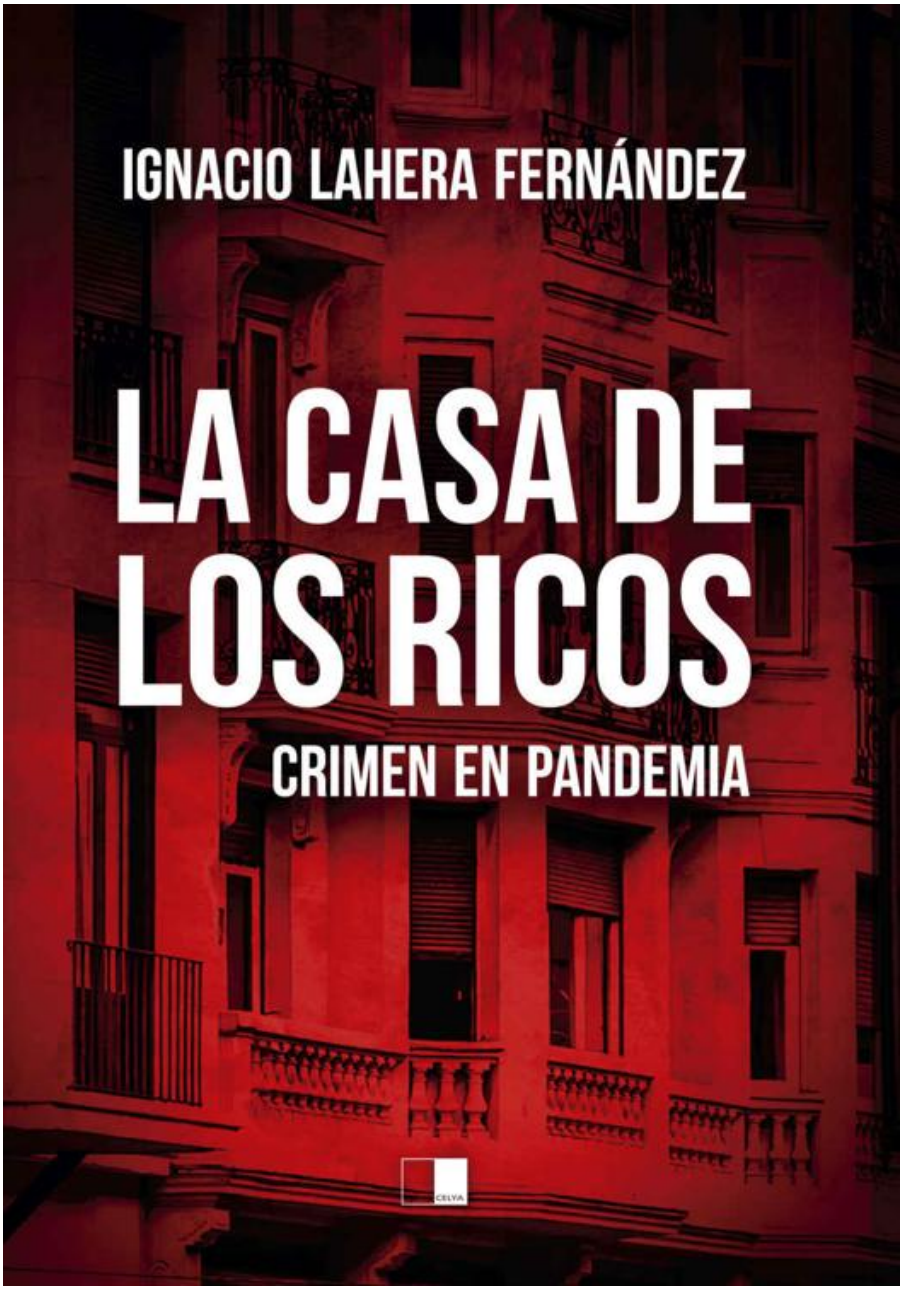

IGNACIO LAHERA FERNÁNDEZ
LA CASA DE LOS RICOS
CRIMEN EN PANDEMIA
CELYA

IGNACIO LAHERA FERNÁNDEZ

# LA CASA DE LOS RICOS

## CRIMEN EN PANDEMIA

**Colección Lunaria N.º 116**




LA CASA DE LOS RICOS
CRIMEN EN PANDEMIA

© De los textos Ignacio Lahera fernández

© De la edición EDITORIAL CELYA
Apdo. Postal 1.002 45080 Toledo www.editorialcelya.com celya@editorialcelya.com
Tfno: 639 542 794

Diseño de la cubierta Carolina bensler

Primera edición: Septiembre, 2021

ISbN: 978-84-18117-35-0
D.L.: TO 209-2021

Imprime CELYA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

*Para Héctor Rubio Lahera (26 de enero, 2020)*

*Maltratamos el tiempo,*
*parece que lo controlamos*
*pero es el que organiza*
*el que hace y deshace*
*el que va lento o rápido.*

*Por mucho que nos empeñemos en contar horas, días o años*
*no sirve de nada.*

*El tiempo tiene su propia vida y la hace girar como quiere;*
*nosotros solo formamos parte*
*de él.*

*El tiempo nos dice hasta aquí y no se puede hacer nada, solo cerrar los ojos y callar.*

# PRIMERA PARTE

# I LA CUARENTENA

Hacía seis días que el Gobierno había decretado el estado de alarma para la gestión de la situación de crisis sanitaria ocasionada por el Covid-19. Con las restricciones apenas se veían personas transitando por las calles, salvo algunas paseando perros y, eso sí, muchas furgonetas blancas de reparto de un lado a otro pues ante el confinamiento se incrementaron las ventas a través de Internet. En estos días los hogares cambiaron los hábitos; con la tensa sensación de crisis social aumentaron las compras online y salvo ver la televisión esperando que los noticiarios informasen sobre el avance sanitario para el control de la enfermedad e iniciar algunas lecturas, poco más se podía hacer además de las rutinas habituales.

En el bloque de vecinos, de apenas doce viviendas, la vida diaria siguió su curso adaptándose a las medias gubernamentales impuestas. Solo Antonio Olmo, el portero, continuó asistiendo a todos los residentes del edificio bien llevándoles medicamentos desde la farmacia, entregando los pedidos del supermercado que dejaban los repartidores en el portal o sacando la basura a diario.

Él poseía las llaves de cada uno de los domicilios de aquel edificio de la avenida filipinas número 16, conocido como *La casa de los ricos*. Construido hacía más de treinta años disponía de un habitáculo en la zona común de la planta baja que le servía como apartamento, al lado de un portal luminoso y elegante repleto de jardineras y espejos. Aún con el encanto de los edificios antiguos había quedado anclado en el tiempo como uno más rodeado de otros altos y modernos.

Conocedor del día a día de todos los moradores del inmueble pronto se sorprendió por el mutismo de don Andrés. Entre los vecinos se especulaba sobre su identidad. Nunca frecuentó mucho la calle y un halo secreto imperaba sobre su vida. Que si un actor retirado, quizás un terrorista… Mil y una suposiciones para un tipo solitario, independiente, silencioso y anónimo para todos.

Antonio comenzó a preocuparse por él. No dejaba la bolsa de basura por las tardes, no recibió ningún aviso para llevarle comida y, en las ocasiones que pasó ante su puerta, nunca oyó sino el silencio más absoluto. El décimo día de reclusión sanitaria puso en conocimiento del presidente de la comunidad sus dudas sobre las condiciones vitales de este vecino un tanto antisocial. Horas después se personaron ante su puerta. Provistos de mascarillas higiénicas y guantes de goma tocaron el timbre y nada, solo silencio. Luego golpearon la puerta un par de veces pero dentro no se sentía el más mínimo ruido y no obtuvieron respuesta alguna. Y, sin atreverse a entrar, el presidente decidió alertar a la Policía llamando al 091.

# II ANTONIO

De unos cuarenta y cinco años, soltero y de apariencia introvertida, Antonio era servicial y respetado por todos los habitantes del edificio, siendo uno más de la familia para muchos de ellos. Únicamente recibía visitas de una persona, con la que solía marcharse cada fin de semana para regresar a primera hora de cada lunes siguiente. Apasionado del fútbol se pasaba mucho tiempo disfrutando de los partidos en la televisión y en su tiempo libre, como aficionado a la música rock, tocaba la guitarra eléctrica. Pocos de los vecinos entendían ese tipo de música, excepto los jóvenes, aunque con su música animaba la entrada al edificio.

Era, en definitiva, un tipo solícito que durante su periodo de vacaciones desaparecía del barrio, apurándolas hasta las últimas fechas. Nunca contó nada sobre ellas y a quienes le preguntaban se limitaba a contestar con un escueto «tranquilas, nada especial, esperando las próximas».

* * *

Apenas diez minutos después llegó un coche patrulla de la Policía Nacional haciendo sonar su sirena. Por supuesto, toda la vecindad se asomó a las ventanas para ver qué sucedía, pensando en algún hecho luctuoso como consecuencia de la pandemia. La dotación, compuesta por una mujer joven y por un varón de una edad similar equipados con mascarilla y guantes, se acercó al portal donde ya les esperaban Manuel, el presidente de la comunidad, y Antonio, al otro lado aunque manteniéndose al margen, distante. Les pusieron en antecedentes. Acto seguido la mujer policía se acercó al coche Z para comunicar la incidencia, escuchándose su respuesta, un «de acuerdo, esperamos a que lleguen».

Al rato una furgoneta de color negro se personó en el lugar. Dos mujeres salieron de inmediato y se presentaron como miembros de la Policía Científica, siendo informadas formalmente del caso para, desde la calle, dirigirse toda la comitiva hacia el interior del inmueble.

—¿Tenemos llave de la casa? —preguntó una de las recién llegadas, que dijo ser la inspectora flores y que por la manera de proceder parecía de mayor rango.

—Sí —contestó Antonio, el portero, mostrándosela.

—Vamos a inspeccionar el escenario, pero que nadie toque nada —dijo.

Todos entraron al portal. Siempre muy educado, Antonio, el portero, dejó pasar al grupo. A continuación se dirigió hacia su vivienda para recoger las llaves del 2º C, reincorporándose al grupo llevando en la mano un llavero para cierre de una puerta de seguridad

y un colgante con la silueta de la catedral de Cádiz.

En el descansillo del piso, al que subieron andando, la policía al mando le ordenó abrir la puerta y que él pasase primero, siguiendo así el protocolo policial. Se oyó el giro doble del pasador y, ya con la puerta entreabierta, un fuerte olor nauseabundo obligó a Antonio a echarse hacia atrás. Todos retrocedieron. Solo la inspectora avanzó unos metros. Desde el pasillo miró hacia dentro de la vivienda y volvió a salir, dirigiéndose a su compañera para que llamase a la Central informando de los hechos, y quedando a la espera de acontecimientos.De inmediato ordenó a la pareja de la Policía Nacional que permaneciese en el portón principal del edificio con el fin de controlar la entrada al mismo y sin dejar atravesar a nadie sin identificarse o sin justificar su presencia. Y mientras esperaban al resto de los compañeros policiales, se les ordenó a Manuel y a Antonio, el portero, que permaneciesen en el portal a la espera de nuevas órdenes. En circunstancias normales la calle se hubiera llenado de curiosos pero ante el estado de alarma no fue necesario delimitar ni acordonar la misma.

# III LA COMITIVA

Se oyeron las sirenas de coches cada vez más cerca hasta detenerse frente al edificio, una comitiva formada por dos vehículos policiales, otro de la Policía Científica, una ambulancia y el de la Unidad de Seguridad Ciudadana con sirena pero sin distintivo alguno. Todos los integrantes, protegidos adecuadamente, se dirigieron hacia donde se encontraba Lucía flores, la joven inspectora de Policía al mando. Los recién llegados fueron presentándose a ella, entre otros la jueza de Instrucción y el secretario judicial. A continuación se dirigieron desde el portal hacia la entrada de la casa, en compañía de Manuel y Antonio. La jueza, ordenando que nadie tocase nada, dio orden al portero para que, de nuevo, abriese la puerta del domicilio y, a continuación, se apartase hacia el descansillo, quedándose junto a ella tanto la inspectora como el secretario judicial, uno de los policías y el personal forense.

Lucía flores fue la primera en pasar a la vivienda. Avanzó con cautela con la mano derecha sobre la funda de su pistola reglamentaria y mirando a derecha e izquierda del pasillo, en cuyas paredes colgaban numerosos cuadros de pintura moderna, hasta llegar a una habitación del fondo de la que se desprendía el fuerte olor. A su lado, tanto la jueza como el secretario judicial, que no pudo por menos que comentar el buen gusto de los óleos colgados en las paredes.

Sobre la cama de aquella estancia se encontraba el cuerpo en descomposición de un varón de mediana edad totalmente desnudo y, a un lado del lecho, un butacón de piel cubierto por ropa bien doblada y de calidad, según las marcas comerciales de las etiquetas. Tras una minuciosa inspección ocular del lugar por parte de la Policía Judicial, después el equipo forense accedió para inspeccionar los vestigios cadavéricos. Y sin apreciar indicios de criminalidad la jueza procedió a dar las órdenes oportunas para el levantamiento del cadáver y dejar el habitáculo en perfectas condiciones para posteriores pesquisas.

Todo sucedió en un silencio sepulcral, con movimientos coordinados. Acto seguido el equipo forense se abrió paso entre la comitiva y con sumo cuidado introdujo el cuerpo en una bolsa para proceder a trasladarlo al furgón mortuorio.

fue entonces cuando la inspectora solicitó permiso a la jueza para iniciar el proceso policial preciso. En el coquetón dormitorio decorado con buen gusto nada parecía estar fuera de su sitio habitual. Sobre la mesita de noche encontró una lámpara, un reloj y un grueso libro. Utilizando un lapicero lo abrió por la página 53, donde estaba el marcapáginas. Reconoció el título, *Origen*, de Dan brown. Anotó en su libreta que se encontraba con la contracubierta hacia arriba. Luego

siguió examinando alrededor sin encontrar ningún indicio de alguna anormalidad. Antes de dar paso a los otros compañeros de la Científica, para la recogida de huellas y de cualquier otro vestigio, volvió a realizar una última revisión visual.

Salió de la vivienda y, dirigiéndose hacia Antonio, le preguntó por el nombre del propietario de la casa, así como por su edad y si tenía algún rasgo especial identificativo. Su respuesta le pareció desconcertante. Le dijo el nombre y que andaría por los setenta y cinco años.

Lucía le hizo repetir la edad y se quedó pensativa pues el difunto era una persona bastante más joven. De modo que junto al portero se acercó al furgón mortuorio.

—No puede ser; ese cadáver no es de don Andrés —dijo él tapándose la cara con las manos y volviéndose de espaldas.

—¿Está seguro?

—Absolutamente; no es él —añadió retrocediendo.

Lucía flores se le quedó mirando pero sin decir nada. Y volviéndose hacia la comitiva judicial notificó esta nueva pesquisa a la jueza. Ambas hicieron un aparte, dirimiendo sobre la necesidad de contar con un informe policial lo antes posible.

Todos abandonaron el lugar salvo Lucía y Marta, su compañera subinspectora de Policía. Permanecieron en el edificio requiriendo alguna otra información más detallada y precisa tanto del presidente de la comunidad como del portero, como su relación con el resto de los vecinos del portal y cualquier detalle vivencial por mucho que les pareciera insignificante. Todo apuntaba a que por el *modus operandi* el asesino o asesinos debían ser conocidos de la víctima al no observarse signos de violencia ni en la entrada a la casa ni en su interior.

Una hora después ambas se dirigieron hacia la Comisaría de Moratalaz. No había tiempo que perder. Aunque no era mucha la información con la que contaban debían redactar el atestado sin dejar pasar los plazos estipulados por la Ley de Enjuiciamiento Criminal. Ambas sabían que disponían de veinticuatro horas para formalizar el atestado que, junto a los resultados de una autopsia preliminar, pasaría al Juzgado y a la fiscalía. Mientras tanto, la jueza de Instrucción había decretado el secreto del sumario.

# IV LA INVESTIGACIÓN

Al día siguiente la inspectora reunió a su equipo de investigación. De inmediato deberían ponerse a trabajar en el caso. Además de contar con Marta, la subinspectora asignada al caso, se sumaron Félix, recién llegado de La Rioja y número uno de su promoción, y Alfonso, el oficial de Policía de mayor edad y al que sus compañeros apodaban Colombo por sus muchos años en el cuerpo policial, por su aspecto en el vestir y porque al hablar se encontraba de vuelta de todo y ponía el grado de sensatez que les faltaba a sus compañeros jóvenes. En definitiva, un excelente conjunto de detectives.

—Bien, ¿qué tenemos? —dijo abriendo el debate.

—He analizado la relación de vecinos que nos entregó el presidente de la comunidad —respondió la subinspectora—. A primera vista no observo nada especial. Hay matrimonios mayores, más viudas que viudos así como otros inquilinos más jóvenes. Muchas casas en régimen de alquiler y alguna en propiedad; lo normal en cualquier vecindario de esta zona de Madrid. Los datos que he considerado apreciables están señalados al margen.

Pasó una copia a cada uno de los integrantes del equipo.

—Sí —añadió Lucía—. A lo mejor observamos algún detalle que se te haya pasado por alto. Cada uno que lo analice con detenimiento para comentarlo después.

Todos asintieron. Por algún sitio debían comenzar. Además, este tipo de casos se resolvía encontrando al culpable entre el círculo cercano a la víctima y al lugar del incidente. Félix fue el siguiente en tomar la palabra, una vez que se le había encomendado averiguar los datos de la víctima.

—De momento no tenemos nada —dijo—. Hemos de esperar los resultados de la autopsia que nos ofrezca el Anatómico forense.

—Está bien —dijo Lucía—. Acércate por allí y en cuanto tengas los resultados… No hay tiempo que perder.

Con voz imperativa pero en un tono cordial la muy expresiva Lucía flores, mirando al viejo policía Alfonso le instó a averiguar cuanto pudiese de Andrés Pérez Villaseca, el propietario de la vivienda.

—Encontrarle nos dará un poco más de luz en toda la investigación. busca cualquier dato, por mínimo que parezca, en su familia y en su trabajo. Todo nos valdrá mientras no sepamos dónde está. También, encárgate de averiguar lo que puedas del portero. No me ha dado buenas vibraciones; además, es la única persona que se relacionaba con él.

Con un «eso es todo; estoy disponible las veinticuatro horas», el grupo abandonó el despacho.

Un rato después Lucía y su pareja policía ya estaban en el coche

camino de la avenida filipinas nº 16. Querían hablar lo antes posible con todos los vecinos. Aparcaron al lado de la puerta principal de la finca, en un vado reservado para carga y descarga. En el inmueble se encontraron a Antonio abrillantando las baldosas del portal. Ante este virus tan contagioso y con unos mecanismos de trasmisión que según las autoridades sanitarias bien podía ser por vía cutánea o respiratoria, debía ser continua la limpieza de las zonas comunes. Puertas, tiradores, ascensores, suelos… Además de disponer junto a la puerta del obligado espray desinfectante y guantes para uso de los propietarios.

Tras los saludos de rigor entraron en su casa de la planta baja para buscar más reserva a la conversación. Aunque un poco pequeña estaba decorada con gusto y parecía más que suficiente para que residiese una sola persona. De pie junto a una mesa camilla, tomó la palabra y le preguntó si había notado algún movimiento extraño en torno a la casa. Él contestó sobre los hábitos diarios de don Andrés, de su actitud reservada y los movimientos rutinarios, con un día determinado semanal para hacer la compra e ir al médico de Atención Primaria. Era extraño verle salirse de esa rutina. También una vez a la semana, y desde hacía mucho tiempo, una señora le limpiaba la casa, la misma que se encargaba de estas labores en otras viviendas del bloque.

—Subinspectora, toma nota del nombre y dónde la podemos localizar para hablar lo antes posible con ella.

Antonio siguió hablando, «que yo sepa había una pareja que le visitaba de vez en cuando… De media edad, como de unos treinta y muchos años. Me dijeron ser sobrinos suyos, pero no sé nada más. Vestían con elegancia y la mujer era muy atractiva».

—Otra cuestión… ¿Solía abandonar la casa?

—Algunos fines de semana. Iba con una persona al fútbol, pues era muy aficionado. Como yo.

—¿Desea decirme algo más?

—Únicamente, que de vez en cuando se marchaba por periodos cortos, sobre todo en verano.

—¿Sabría decirnos dónde?

—No tengo ni idea. Venía a recogerle un coche negro, regresando por el mismo medio. En una ocasión me dijo que avisase al chófer de que se iba a retrasar. Así lo hice. Salí a comentárselo y creo recordar que el conductor respondió que iban lejos y esperar un poco más no era problema. Al rato salió don Andrés y se marcharon. No puedo añadirle nada más.

—¿Podría reconocer a esa persona que le visitaba semanalmente?

—Era más joven que él y vestía de manera elegante pero informal —contestó un tanto cansado ante aquel interrogatorio.

—Por último —dijo Lucía—, usted vio a la persona que se encontró

muerta en su casa y reconoció que no era él. ¿La había visto más veces por la casa?

—Como usted sabe, solo la vi un momento. Le aseguro que esa persona no era don Andrés; pero no me dio tiempo a observarla detenidamente.

—Bien, por ahora nada más. Mañana vendrá a buscarle un coche policial que le llevará al Instituto Anatómico forense para que pueda reconocerle. Y le volveremos a interrogar para ver si recuerda algo más. Ahora iremos a preguntar a los vecinos. No se mueva de la portería por si necesitamos su presencia. Por último, no abandone Madrid sin nuestra autorización y salga lo menos posible de casa, por si hemos de citarle.

Parecía que debían sacarle la información con una ganzúa. Acto seguido se despidieron de él y se dirigieron al portal para comenzar el interrogatorio casa por casa, por las cuatro viviendas en cada planta.

# V LA CASA DE LOS RICOS

En la letra A de la primera planta vivía un matrimonio mayor. Él parecía un poco sordo pero la señora se conservaba bien y no paraba de hablar y de hacer preguntas con actitud cotilla. No aportaron nada fuera de lo normal. Las policías tomaron nota de sus datos personales y teléfono y se marcharon, dando las gracias y entregando una tarjeta por si recordaban algún detalle de interés.

En la vivienda b no había nadie. La vecina apenas entró en casa volvió a salir para decirles que allí residía una pareja de jóvenes en alquiler, «pero ambos pasan todo el día fuera, incluso ahora que estamos en cuarentena; no sé en qué trabajarán. La vivienda pertenece a una persona mayor que se ha ido a una residencia». En la vivienda de la letra C les abrió un señor que podía rondar la sesentena. Les estaba esperando. Al oír hablar se habría asomado a la mirilla de la puerta y apareció bien vestido y afeitado.

—Usted es don Manuel López Sastre —afirmó Lucía enseñando su placa de identificación policial—. ¿Podría contestarnos a unas preguntas? No le entretendremos mucho tiempo.

—Por supuesto, lo que necesiten.

—Muchas gracias. Como sabrá ha habido un suceso luctuoso en este edificio y estamos investigando si alguien ha podido ver u oír algo sospechoso. ¿Puede decir algo al respecto?

Estaba al corriente de los hechos. No hubo necesidad de preguntarle; con cierta verborrea se puso a hablar al instante:

«Recuerdo haberle visto en contadas ocasiones; ya les habrán dicho que tenía una personalidad muy especial. No se relacionaba con nadie y únicamente sentía sus pisadas; en alguna ocasión se le oía hablar con algunas personas, pero no era habitual. Sí les puedo decir que se acostaba muy tarde y, consecuentemente, se levantaba también tarde; lo sé porque a mí me cuesta coger el sueño y más de una vez me ha despertado al acostarse… Y poco más».

—Ha dicho que alguna vez ha oído hablar a personas. ¿Nos puede decir si eran voces de hombre o mujer?

—Creo que de ambos. Pero, ya les he dicho que no era habitual. Podrían pasarse días o meses sin oír nada. Tampoco nunca llegué a ver a esas personas.

Se despidieron con amabilidad y la inspectora le entregó su tarjeta por si recordaba algo que fuera relevante.

—Supongo que sabrán que yo he sido militar. Ya estoy en la reserva, pero cuando trabajaba nunca vi policías tan jóvenes y atractivas como ustedes.

Se miraron entre sí con extrañeza pues el dato profesional de este señor nadie se lo había mencionado. Luego se dirigieron a la vivienda

de la letra D. Tocaron el timbre pero no obtuvieron respuesta alguna. Al cabo de unos minutos salió al rellano la vecina anterior.

—Ahí no vive nadie. Han fallecido los anteriores residentes y no conozco a los herederos. Sí he visto venir a alguien de vez en cuando, pero de eso hace ya mucho tiempo.

Cuando finalizasen de recabar toda la información deberían ponerla en orden. No había sido mucha y parecía de escaso interés. Para tratarse de un estado de alarma sanitario con la obligatoriedad de permanecer en las viviendas, por una cosa o por otra había poca gente en sus domicilios. Subieron por la escalera hacia el segundo piso y comenzaron con la misma dinámica llamando al timbre de la letra A. Abrió la puerta un joven con apariencia de acabar de levantarse. Se asustó al verlas y se identificaron.

—No se preocupe —habló Marta—. Estamos preguntando a los vecinos por si han oído o visto algo pues, como sabrá, se ha cometido un delito en este edificio.

El joven contestó con un «no» seco. Le pusieron en antecedentes sobre su vecino de al lado.

—Solo puedo decirles que era un señor un poco raro y un maleducado; las pocas veces que coincidíamos él no saludaba. En alguna ocasión vino a nuestra casa a protestar por el ruido de la música, eso es todo —dijo con pocas ganas de seguir la conversación.

—¿Nos puede decir cuántas personas viven en su casa?

—Actualmente somos dos, hasta hace unas semanas éramos tres, pero al clausurar la Universidad uno se ha marchado a su casa; era de un pueblo de Madrid. Los que estamos aquí somos de más lejos y hemos decidido quedarnos.

—¿Puedes llamar a tu compañero, pues queremos hacerle unas preguntas? —dijo Lucía, esperando que el mencionado fuese más locuaz.

Por una puerta lateral apareció un joven con los pelos revueltos, los pies descalzos y solo la parte inferior del pijama, de la que sobresalía una enorme erección matinal.

—Ya nos ha dicho su compañero que el vecino no era muy sociable. ¿Puede añadir algo más?

—No sé qué les habrá dicho, pero yo solo he coincidido unas pocas veces en el ascensor y alguna más para regañarnos por la música. También recuerdo un día que vine tarde y se oían voces en su casa, pero no le di importancia.

Además, no volvía en condiciones de escuchar. Sí pensé que vaya juerga que se estaría corriendo el viejo. Es lo único que recuerdo.

Se despidieron cortésmente con el saludo oficial de rigor, y no sin antes sonreír ante la visión de la entrepierna del chaval para, después, llamar al timbre de la letra b. Les abrió una mujer de edad avanzada

que no aportó ninguna información relevante.

Se dirigieron a la vivienda con la letra D. Según la información proporcionada por el presidente de la comunidad residía una familia con dos hijos pequeños. Los chiquillos se asomaron a la puerta acompañados por una mujer joven. Ambas policías se acreditaron ante ella.

—Buenos días; sabrá por qué estamos aquí.

—Sí, pero me temo que no puedo ayudarles. Llevamos viviendo poco tiempo en esta casa y apenas conocemos a nadie.

—Supongo que habrá coincido alguna vez con el señor mayor que vive al lado.

—Que yo recuerde, una sola vez. Por cierto, le di los buenos días y no me contestó.

Continuaron indagando entre el resto del edificio y unas horas después abandonaban el edificio. En el portal se cruzaron con una joven de mediana edad de origen sudamericano. La preguntaron dónde iba. Dijo que se llamaba Lis, que su origen era ecuatoriano y se dedicaba a tareas de limpieza en varias casas de ese bloque.

—¿Estaba don Andrés entre ellos? —preguntó Lucía una vez que la informó del suceso.

—Sí, empecé a limpiar en su casa como hace dos años. Antonio, el portero, me proporcionó el contacto —contestó nerviosa.

—Y de este par de años, ¿qué nos puede decir de él?

—Me limitaba a ordenar cosas, a poner la lavadora, y a limpiar; lo que se hace en estos casos. Lo último que hacía era su habitación para darle tiempo a que se levantara. A continuación me pagaba en mano y me marchaba hasta la semana siguiente.

—¿Cómo se encontraba la casa cuando venía? —insistió Lucía.

—La verdad es que bastante recogida y ordenada, salvo en alguna ocasión, poco frecuente, que estaba algo más revuelto, pero nada fuera de lo normal.

—¿Puede explicarse mejor?

—Sí, porque había vasos y platos sucios en la cocina y en el salón.

—¿Recuerda la última vez de esto?

—No… Con exactitud, no; pero sería hace más de un mes. Vengo una vez por semana pero he faltado las últimas tres por la cuarentena. Y la anterior no noté nada especial. He venido hoy porque me han dicho que el Gobierno ha autorizado los servicios de limpieza a domicilio —añadió preocupada y ante el temor de una multa.

—No se preocupe, no estamos aquí para eso —dijo la inspectora—. Vamos a necesitar su presencia para la identificación del cadáver. Mañana vendrán unos compañeros a buscar al portero y queremos que los acompañe. Procure estar aquí a las nueve de la mañana. Eso es todo. Puede irse.

# VI EL ENCUENTRO

Se marcharon hacia la Central. Debían ampliar la información obtenida para entregarla en el Juzgado. Al poco de llegar sonó el teléfono. Desde allí les informaron de que ya disponían del informe preliminar del médico forense y que se lo harían llegar por valija interna.

Mientras preparaban la reunión matinal diaria del equipo las dos policías revisaron las notas con sus pesquisas durante el primer interrogatorio a los vecinos, así como un avance de las pruebas estandarizadas a instancias del Instituto forense. Al rato llegó la pareja de policías formada por Félix y Antonio. Los primeros datos del informe señalaban hacia un envenenamiento por sustancias tóxicas.

En condiciones normales se habrían ido al restaurante cercano a la Jefatura de Policía. Sin embargo, y para despejarse, Lucía propuso a Marta irse hasta su casa, que no quedaba demasiado lejos. Ambas necesitaban un relax para desconectar y hablar de otras cosas que no estuviesen relacionadas con el caso.

Su domicilio se localizaba en una urbanización cerrada y rodeada por árboles y plantas. Entraron tomando todas las precauciones sanitarias posibles y, condicionadas por la pandemia, evitaron tocar el pomo de la puerta principal. Una vez en el portal pulsaron el ascensor con la propia llave de casa. Aunque esta no era muy grande sí lo suficiente como para vivir una persona sola. Una vez dentro se quitaron tanto la mascarilla como los guantes.

—Si no nos hemos contagiado ya después del tiempo que llevamos juntas —dijo Lucía—, no lo vamos a hacer ahora. Ponte cómoda.

—Mejor dime dónde está la cocina y voy haciendo algo para comer —respondió su compañera.

—No sé qué encontrarás en el frigorífico. Mira también en las alacenas del despensero. Hay latas y pasta. Yo voy a ducharme y a ponerme otra ropa.

La verdad es que había mucho donde elegir. En la parte superior del frigorífico encontró queso, fiambres de diversos tipos, yogures desnatados, leche, tomates, lechuga y otros taper que no sabía qué contenían, y en la parte inferior un buen surtido de todo tipo de frutas. También miró en los armarios, repletos de latas de conservas, botes de pimientos, mermelada y unos tarros más altos y rotulados, con lentejas, judías y pasta.

Cogió una cacerola, echó agua y la puso a cocer. Había decidido preparar pasta y luego hacer una ensalada. Marta era buena cocinera. Procedía de Azuaga, una población situada al sur de Extremadura y al borde de Sierra Morena. Su madre la había enseñado a cocinar desde bien pequeña, y aunque protestaba mucho ahora se lo agradecía.

Al rato apareció Lucía. Se había puesto un pantalón corto fluido con estampado en azul y un top de tirantes con un dibujo de Snoopy que dejaban entrever unos senos de tamaño medio pero firmes. Marta se sorprendió al ver a su compañera y jefa de aquella manera demasiado informal y como una mujer súperatractiva y seductora.

Quedaban aún unos minutos para que la pasta estuviese cocida. Mientras tanto se dispusieron a hacer una ensalada con pimientos del piquillo y un bote de ventresca. Se sentaron una frente a la otra. Coqueteaban con las miradas. Marta, hechizada, no dejaba de observarla tan sexy y atractiva.

—Tomaremos el café en el salón —dijo.

Hicieron dos *Nespresso* y en una bandeja Marta los llevó sobre una bandeja hasta una mesita baja situada entre la televisión y el sofá. Cada vez que Lucía se movía sus senos se balanceaban rozando el interior de su camiseta mientras Marta la observaba entre alterada y sorprendida. El tiempo pasó demasiado rápido. Y aunque a las dos les hubiera gustado seguir la sobremesa, debieron arreglarse pues se aproximaba la hora de la reunión en el Juzgado.

* * *

En la casa de un pueblo castellano una persona mayor, recién llegada de la ciudad, trataba de adaptarse a las circunstancias locales. A nadie le extrañó su presencia pues no era la primera vez que aparecía. Era conocida en el pueblo, sobre todo por las personas más ancianas, porque sus padres habían vivido allí.

# VII LA IDENTIFICACIÓN

Alfonso y Félix habían salido temprano de la Comisaría de Moratalaz. A pesar de ser hora punta, como consecuencia

de estado de alarma apenas encontraron tráfico por las calles madrileñas y algo antes de la nueve de la mañana ya se encontraban en la avenida filipinas. Recogieron al portero y a Lis, partiendo rápidos hacia el Instituto Anatómico forense, un recorrido de apenas tres kilómetros y no más de diez minutos bajando por la plaza Cristo Rey y girando a la derecha.

Aparcaron en la zona reservada a los Juzgados de Guardia, Médicos forenses y funcionarios I.A.f., en el Pabellón 7 de la Ciudad Universitaria, y se dirigieron hacia una puerta de entrada en semisótano donde, tras identificarse, caminaron a través de numerosos pasillos flanqueados por los departamentos y servicios de Toxicología, Antropología, bioquímica y fotografía.

Antonio y Lis avanzaron sobrecogidos tras la pareja de policías hasta llegar a la puerta oscilante que daba paso a la Cámara de Cadáveres. Allí los recibió Carmen, la médica forense.

—Venimos por el cadáver del Caso 27/20. Para un reconocimiento ocular.

Instantes después de un «Síganme» escueto, imperativo y tajante llegaron a la sala de las cámaras frigoríficas, una estancia grande con temperatura gélida y colmada de puertas de aluminio que asemejaban a nichos funerarios. El que debían inspeccionar se hallaba en una parte intermedia del panel y de fácil acceso.

—Ya pueden acercarse —señaló la doctora al tiempo que abría la compuerta y empujaba hacia el exterior una camilla sobre unos rieles —. Aquí lo tienen.

Fue Lis la primera en observar el cuerpo. No omitió palabra alguna; únicamente negó con la cabeza. A continuación se aproximó Antonio. Lo miró con detenimiento pero no dijo nada.

—Tómese el tiempo que necesite —le dijo Félix.

Alfonso, el otro policía, se colocó a su lado para observar con atención aquel torso yacente. A pesar de estar desfigurado no pudo por menos que detenerse en cada uno de los rasgos. Unos minutos después la forense volvía a empujar la camilla, ahora hacia dentro, cerrando a continuación la puerta con una palanca para invitar a todo el grupo a que pasase a su despacho.

Félix preguntó a Lis si le resultaba conocido, a lo que respondió que no recordaba haberle visto nunca. A continuación hizo la misma pregunta a Antonio y este contestó que tampoco le conocía.

—¿Está seguro? —añadió.

El portero negó con la cabeza.

—Está bien; mañana queremos interrogarle en la Comisaría de Moratalaz —concluyó Félix pues le había notado alguna vacilación al observar el cadáver.

—No hay problema; allí estaré —dijo secamente.

Ahora debían hacer el recorrido de regreso. Dejaron a Lis en el Metro de Ciudad Universitaria, a la vuelta de la manzana, y a Antonio algo después, a la entrada del portal de su domicilio. Al quedarse solos en el coche patrulla, Alfonso comentó que le resultaba familiar la cara del cadáver, a pesar de su deterioro, así como que el portero podría estar mintiendo.

—Muy bien —dijo Félix—. Yo no tengo tu experiencia, pero a tu lado aprenderé más que durante los años de formación en la Escuela Nacional de Policía de Ávila.

—Sí; intentaremos averiguarlo mañana.

Ya en la Comisaría se dispusieron a recopilar las notas para redactar el informe preliminar. Félix se colocó ante su ordenador dejando a su compañero garabateando las notas sobre una libreta mientras seguía queriendo recordar a la víctima.

# VIII ALFONSO

Alfonso está casado, vive con su esposa y tiene dos hijos mayores ya emancipados. Gran aficionado al fútbol es seguidor del Atlético de Madrid y, siempre que no esté de servicio, no se pierde un solo partido en el nuevo estadio del equipo, el Metropolitano, llamado así en honor a uno de los anteriores del club, en el barrio de Cuatro Caminos, unos terrenos ocupados hoy por colegios mayores y viviendas de lujo cerca de donde habían estado por la mañana.

Su carrera policial comenzó en el País Vasco. Unos años muy difíciles y ahora el destino de los nuevos agentes con peor puntuación en las pruebas selectivas. Allí conoció a la que era su mujer y aprendió mucho, entre otras cosas a no dar nada por sentado si las pruebas no lo sustentaban y, por supuesto, a no fiarse de nadie. A continuación fue destinado a Madrid, donde lleva toda su carrera y donde se jubilará. Mientras tanto ya hacía planes para irse a su pueblo de la provincia de Toledo, en plena sierra de San Vicente. Allí tiene una casa donde va todos los años en el mes de septiembre, para las fiestas locales, llamadas también funciones por las personas del lugar.

En los pueblos y ciudades españoles ya comenzaba a hacerse vida normal aunque todavía se veían personas con mascarillas, todas bastante precavidas en el trato con amigos y familiares, donde los besos y abrazos habían desaparecido y todos parecían escandinavos por la frialdad en el trato, con los bares semivacíos igual que los teatros y los cines, con fútbol sin espectadores y una tristeza implantada en la sociedad muy difícil de superar.

Como era la hora del almuerzo él y su compañero decidieron comer en la cafetería de la Comisaría. Al buen precio se unía que Félix era un cliente habitual, aunque no tanto Alfonso, que prefería la comida que preparaba su esposa.

—¡Ya está…! —gritó Alfonso.

—¡Joder, qué susto! ¡Casi me atraganto!

Su compañero se asustó e incluso se le cayó el trozo de filete pinchado en su tenedor.

—Ya sé quién es… ¡Sí!, es un jugador argentino de fútbol. Había jugado en España e incluso se habló de su fichaje por el Real Madrid, pero acabó en el Rayo Vallecano. Hacía tiempo que se había retirado, pero ahora con esto de la cuarentena están repitiendo partidos antiguos en Teledeporte y uno de ellos fue cuando el Rayo Vallecano jugó en la copa de la UEfA.

¡Por eso me resultaba conocido! No será difícil averiguarlo.

* * *

Lucía estaba a punto de entrar al despacho judicial cuando recibió

una llamada telefónica.

—Dime, Félix, rápido.

—Alfonso ha reconocido a la víctima. Se trata de un jugador de fútbol; un argentino ya retirado. No te entretengo más; nos ponemos a investigar y te vamos contando.

—Magnífica noticia, y en buen momento. Trasmítele mi enhorabuena.

En el despacho esperaban tanto la jueza como el fiscal. La felicitaron por el buen trabajo del equipo de investigación que dirigía. Les informó sobre la identidad de la víctima. Aquella noticia daba un vuelco a la investigación.

A las nueve de la mañana siguiente, todos estaban ya en la Comisaría, en el despacho de Lucía situado en la segunda planta.

—¿Qué nos puedes decir, Alfonso?

—Su nombre es Luis Parea Heredia. Tenía cuarenta y un años; estoy averiguando su domicilio. En el archivo constan antecedentes por consumo y tráfico de drogas. Lo último que se sabía de él es que regresó a Argentina, donde jugó sus últimos años en el equipo del Club de Gimnasia y Esgrima La Plata. No consta en Aduanas su entrada en España; lo más probable es que lo hiciera con pasaporte falso. O con el original pero sin pasar por el control aduanero o, incluso, utilizando algún medio de transporte clandestino. Si es así alguien tiene que haberle ayudado a sobrevivir durante todo este tiempo.

—Bien, Alfonso —dijo Lucía—. Pregunta en el Rayo Vallecano y en la Real federación Española de fútbol. En algún sitio deben archivar sus datos; y si tenemos suerte estarán sus huellas o algún análisis de sangre. A ver si coinciden con los informes de la autopsia y aclaramos definitivamente su identidad. Y aunque no dudo que tu versión sea correcta, lo necesito para esta tarde.

—Me pongo inmediatamente con ello y te llamo cuando obtenga la confirmación —añadió él al abandonar la reunión.

—Tu turno, Félix. ¿Qué nos puedes decir de la autopsia y del paradero de Andrés?

# IX FÉLIX

Carraspeó, extendió los folios y diferentes documentos sobre la mesa y comenzó a hablar.

—Como ya sabéis la autopsia ha revelado que fue un homicidio por envenenamiento.

—Sí… —intervino Lucía—. El cadáver se encontraba limpio al haber sido lavado con agua clorada, por lo que ha sido imposible detectar ninguna huella. Lo que nos demuestra que la persona o personas que han intervenido poseen conocimientos de medicina.

—Otro tema —reanudó él su alegato— es la desaparición de Andrés. No consta otro domicilio sino el que conocemos. Hemos averiguado que un sobrino suyo reside en barcelona; sin embargo, no hemos podido localizarle. También he contactado con las dos empresas de VTC que trabajan en Madrid. Estoy a la espera de que me faciliten cualquier información, pues los registros de los servicios que realizan dejan bastante que desear. También cabe la posibilidad de que sea un taxi que no pertenezca a estas plataformas, en cuyo caso también será difícil.

—Estupendo —respondió la inspectora—, pero quiero resultados concretos. Puedes retirarte y sigue con la investigación. Llámame con cualquier cosa que averigües.

Antes de que saliese añadió «ah, y he citado al portero esta mañana para interrogarle; no nos gustó su actitud durante el reconocimiento del cadáver…». Lucía y Marta se quedaron solas en el despacho y repasaron los datos obtenidos durante las entrevistas. Se podían resumir tanto en el desconocimiento de la vida de Andrés como de las visitas que recibía, ratificadas por los vecinos y por la limpiadora. En ese momento no les decían nada pero en el futuro podrían ser útiles. Cuando instantes después un policía uniformado dio aviso de que se había personado el portero, Lucía llamó por una línea interna a Félix.

—Ya ha llegado. Sí, dile a Alfonso que sea él quien realice el interrogatorio. Es el mejor por su experiencia en sonsacar información y sabe cuándo se dice la verdad o cuándo se miente.

Con amabilidad le trasladaron a una sala de interrogatorios mientras el resto del equipo se situó fuera, desde donde podían escuchar y ver todo cuanto sucedía.

—Buenos días —dijo Alfonso para tranquilizarle y comenzó a tutearle—. Siéntate y ponte cómodo. Yo no soy ni como los jóvenes compañeros más nerviosos ni como en las películas. Supongo que te habrá extrañado esta citación en la Comisaría.

—La verdad es que sí, pues he colaborado con ustedes desde el principio.

—Insisto, no te preocupes, estás aquí —siguió en un tono paternalista— porque podemos hablar con más tranquilidad, y seguro que podrás recordar mejor.

La conversación continuó por unos derroteros amables. Se sentó a su lado y de nuevo le preguntó por don Andrés.

—¿Qué me puedes decir de él? Sabemos que nos ocultas información. Como sabes hemos hablado con los vecinos y nos han dicho que en su casa recibía visitas, que se podíanescuchar voces de personas. Algo tienes que saber pues vives y trabajas en la portería y estoy convencido de que nada sucede en el edificio sin que tú no te enteres.

—Yo cuando acabo mi jornada, si no tengo nada que hacer, me meto en casa hasta el día siguiente.

—Déjate de tonterías, Antonio —dijo con voz enérgica—. Eres un chico listo y tienes que saber quién entra y quién sale. Es tu obligación.

—Puede que alguna noche sí haya sentido subir gente —se sentía acosado y hablaba titubeando—, pero no podría decir dónde iban. Como sabe hay pisos alquilados a estudiantes y ya sabe cómo viven, con sus fiestas y su música.

—Estás acabando con mi paciencia; tú debes conocer qué tipo de personas entran o salen, si son jóvenes, mayores, así que, por favor, Antonio, cuéntame lo que sabes.

—Siento no poder añadir nada más que lo que he declarado hasta ahora, que en definitiva es lo que conozco.

—Está bien, Antonio; si no quieres decir nada más, hemos acabado. Pero desde este momento estás acusado de obstrucción a la justicia, por lo que no puedes abandonar tu domicilio sin previo consentimiento nuestro. Puedes marcharte; espero que no tengas que arrepentirte de tu silencio.

Una vez se hubo marchado todos entraron en la sala.

—Muy bien, Alfonso —dijo Lucía—. Lo has intentado pero este hombre no sabe nada o es un profesional de la mentira. Has hecho bien en acusarle de obstrucción; esperemos que nos dé algún resultado. Pienso, como tú, que nos puede ser más útil fuera de la cárcel que en ella.

Una vez que todos salieron para continuar con sus líneas de investigación, Lucía llamó al teléfono personal de la jueza.

—Qué hay de nuevo, Lucía; no me querrás decir que ya habéis encontrado al asesino.

—Me temo que no, pero sí que estamos más cerca…

—Está bien, vete a casa y relájate, mañana será otro día.

—Me parece buena idea. ¡Hasta mañana! —dijo antes de colgar el teléfono.

Seguía dándole vueltas a la cabeza y en su casa tampoco desconectaría. Decidió quedarse un poco más en la Comisaría. Alfonso había hecho lo mismo.

# X MARTA

En la entrada de la Comisaría Félix le pidió a Marta que le llevase a su casa.

—Con mucho gusto, pero si quieres antes podemos ir a la mía. Como es temprano nos tomamos unas cervezas y charlamos un poco del caso.

—Buena idea. Y me invitas a comer algo. Siempre andas diciendo que eres muy buena cocinera y la verdad es que no me lo creo. ¿Sabes freír un huevo? Ja, ja, ja. ¿Vamos a comprobarlo?

Se les veía contentos y cómplices. Salieron del aparcamiento y tomaron la M-30 en dirección norte. Félix notó que se había equivocado y que en alguna ocasión precedente no habían ido por allí.

—Tú déjate llevar, que yo sé ir a mi casa o ¿es que me vas a enseñar tú, que eres un paleto y no tienes ni idea de Madrid? —dijo ella riéndose.

Marta residía en la calle de la Isla de Arosa nº 25. En un edificio alto y no demasiado antiguo de este barrio residencial. Dejaron el coche en una plaza poblada de vehículos y subieron a la sexta planta en ascensor mientras hablaban de nimiedades como colegas bien avenidos. Ante la puerta de casa él, sin mediar palabra, la cogió en brazos y la metió dentro, como si se tratase de unos recién casados. Ella, partícipe de aquel desvarío se agarró a su cuello y le susurró al oído «qué tonto eres» en tono guasón y antes de que la dejase suavemente sobre el sofá del salón.

La casa era bastante grande para una persona sola. La compró con ayuda de sus padres cuando la trasladaron a Madrid. Nunca la gustó vivir de alquiler; decía que era tirar el dinero mes a mes.

—Ponte cómodo mientras voy a cambiarme —dijo ella—.

—Ups… No sé cómo ponerme cómodo. Para ti es más fácil, que estás en tu casa. ¡Como no me quite los pantalones y los zapatos no sé qué más puedo hacer! —profirió él desde el salón.

—Pues no es mala idea, si estás más cómodo, adelante; por mí no te reprimas. Considérate en tu casa… también para pagar el recibo de la hipoteca.

—¡Muy graciosa!

Marta salió de su habitación en chancletas con un short vaquero y un blusón beige veraniego.

—¡Caray, qué elegancia, compañera! —dijo él sonriendo.

—Estoy en mi casa y me pongo y me quito lo que yo quiero —añadió ella coqueta mientras se daba un giro sobre sí misma como una modelo en un desfile.

—No, si me encanta; solo que no estoy acostumbrado a ver algunos monumentos con envoltura tan vieja —añadió Félix embelesado.

—Si quieres me la quito… Si tanto te molesta… —apostilló haciendo el ademán de subirse la camisola.

En ese instante sonó el teléfono de él. Al otro lado la voz de Lucía: «Te llamo por si puedes acercarte a Moratalaz, a no ser que estés haciendo algo que no puedas dejar. Alfonso tiene algo importante que comunicarnos». Con un «de acuerdo, voy lo antes posible», cortó la comunicación. Al instante sonó el móvil de ella. La misma interlocutora, el mismo mensaje y la misma respuesta.

La atrajo sobre él y, sin decir nada, la abrazó ante un ventanal que miraba, a lo lejos, a la Sierra de Guadarrama. Se fundieron en un profundo beso y entre cuchicheos y movimientos sensuales cómplices se dirigieron al dormitorio donde dieron rienda suelta a su pasión, explorando sus cuerpos sin límites. Un momento después ambos se ducharon juntos y con el agua cayendo sobre sus cuerpos volvieron a hacer el amor.

Se dieron un último beso antes de entrar en el aparcamiento del complejo policial. Para que no les vieran llegar juntos acordaron que ella aparecería unos minutos antes. Al rato se personó Félix. Con todos ya sentados ante la mesa de reuniones se acomodó en la silla situada entre Lucía y Alfonso.

—¿Me he perdido algo importante? —acertó a decir mientras con ademán campechano hacía una mueca simpática al grupo.

# XI FÚTBOL

Parecía una reunión informal hasta que habló Lucía con voz conminatoria.

—Alfonso, puedes empezar cuando quieras.

—Bien; he estado haciendo unas llamadas. Primero he repreguntando en el Rayo Vallecano y les ha costado reconocerle, pues en el club ha cambiado tanto de personal que ya no quedan personas de su época. Aun así, he hablado con un utilero. Le recordaba como un argentino con mucha labia y buen jugador. Me ha dicho que viajaba mucho a barcelona siempre que estaba libre, pero tras la rescisión del contrato no ha vuelto a saber de él —carraspeó mientras ojeaba sus notas—. En la fEf sí había constancia de análisis de sangre y los han cotejado con los datos que tenemos del cadáver. He podido confirmar que concuerdan, por lo que podemos certificar la identidad de la víctima. Lo más sorprendente es que después de retirarse del fútbol vino a España para entrenar a un equipo de Cataluña, en la localidad de Torroella de Montgrí. Les he preguntado en qué situación se encontraba actualmente y me han dicho que legalmente y con todos los papeles en regla. No les costa ningún antecedente policial; tampoco les ha extrañado, ya que la federación Catalana de futbol no es muy colaboradora y actúa libremente, como todo últimamente en Cataluña. A continuación he llamado a ese club y me han dicho que lleva varios días sin aparecer. No han puesto denuncia porque era frecuente que desapareciera durante un tiempo y luego volvía como si nada. Le perdonaban porque era buen entrenador y cobraba poco. También me han confirmado que vivía en Gerona.

—Bueno, ya sabemos algo más. Vamos avanzado. Gracias, Alfonso.

—A continuación he contactado con la Policía de Cataluña enviándoles los datos que tenemos para que averigüen todo lo que sea posible de esta persona; espero que no tarden en contestar. Pero lo más importante que he averiguado es que Andrés Pérez Villaseca también ha vivido en esa Comunidad. Es ingeniero naval y trabajaba como agente marítimo, donde llevaba la zona de América Latina.

—¡Magnífico, compañero! —se jactó Félix complacido.

—Estoy seguro, colega, de que cuando tengas mi edad, y después de haber vivido muchas experiencias, lo harás igual. De todos modos, muchas gracias por tus halagos.

—Creo que ha llegado el momento —habló Lucía— de ponernos a indagar en la vida de Andrés, empezando por sus sobrinos.

Intervino Alfonso diciendo que deberían volver a interrogar al portero pues había afirmado que los reconocía; y, al mismo tiempo, revisar las cámaras de seguridad de una oficina bancaria situada enfrente.

—De acuerdo —volvió a hablar la inspectora, ahora con voz de mando—. Mañana iré con Marta por ver qué le sonsacamos. También hablaré con el equipo de robótica digital a ver si pueden rescatar algunas imágenes y ponemos cara a esos sobrinos —mientras parecía pensar hizo un largo silencio—. Como hasta mañana no hay nada que hacer, creo que debéis iros a casa. Esto también va por ti, Alfonso; márchate y descansa. Te necesitaremos fresco para mañana.

Félix y Marta se miraron y salieron juntos, pero en dirección M-30 sur.

—Te llevo a tu casa —dijo ella.

Durante el trayecto fueron hablando del caso. Nada comentaron de cuanto había sucedido unas horas antes. A las puertas de su domicilio se despidieron con un beso en la mejilla y con un «hasta mañana».

# XII EL ORDENADOR

Junto a un compañero especialista en retratos robot, a primera hora Lucía y Marta se dirigieron al edificio de la avenida filipinas, donde Antonio estaba pasando una bayeta húmeda por las barandillas del portal.

—Buenos días. Aquí nos tienes de nuevo, aunque no venimos a detenerte todavía —dijo Lucía sonriéndole—. Vamos para tu casa, que estaremos más tranquilos. Necesitamos que pongas tu cerebro a pleno rendimiento pues deberás decirnos cuanto recuerdes y todos los rasgos y características de los sobrinos de don Andrés. Ah, ¿cuándo los viste por última vez?

—Sí… —se quedó pensativo—, después de Reyes. Vino la mujer sola. Me dijo que a ver qué le habían dejado bajo el árbol y me felicitó las Pascuas.

Mientras Lucía tomaba notas se acercó a su compañera y, cuchicheando, le dio permiso para ir a la oficina bancaria a por las grabaciones, que ya habían solicitado horas antes, para finalizar con un «comprueba si hay más cámaras en otros establecimientos cercanos».

—Antonio, dime cómo es esa mujer. Este compañero realizará un retrato robot siguiendo tus indicaciones.

—No sé… De unos treinta y cinco a cuarenta años muy bien llevados. Tenía un tipo estupendo, las piernas musculadas y bien formadas. No era demasiado delgada y vestía muy elegante con falda corta. Los pechos —sonrió pícaro— eran de un tamaño normal, tirando a grandes y el pelo negro no excesivamente largo pero por encima de los hombros. Sí, bastante guapa y de una estatura similar a la suya —dijo mirándola—. No puedo decirle el color de los ojos, pero eran grandes. Y siempre iba maquillada y sonreía mucho.

—Bien, bien… Nos dijiste que a veces venía un sobrino.

—Era de estatura normal, como vuestro compañero —miró al policía que manejaba el ordenador y se tomó un tiempo antes seguir —. Pelo corto con algunas canas, bien conservado; la cara era normal, con gafas y siempre bien vestido.

—¿Algún rasgo que puedas añadir?

—No, no recuerdo nada más.

Con los pocos datos que le había proporcionado Antonio, la pantalla del ordenador mostró una imagen que él dio por buena.

—Joder, sí que te has fijado bien en la mujer… Pero del sobrino, nada. Miles de hombres son así. Eres la hostia, pero nos vale.

—Porque es una mujer impresionante.

El compañero, del grupo de Estudios fisonómicos de la Policía Científica, iba añadiendo y quitando rasgos en su sistema informático,

interpretando los gestos y descripciones. Aparecieron dos rostros que fue perfilando según las indicaciones.

—Antonio, acércate a la pantalla y dime qué te parecen.

—El cuerpo de ella es bastante parecido, pero la cara era más redonda, la nariz más pequeña, el pelo más rizado y más corto. El de él… sí.

El operador introdujo los nuevos parámetros.

—Se parece bastante, sí —dijo.

—Está bien; nos marchamos pero me temo que no será la última vez que nos veamos.

A pesar de haber solicitado unas horas antes las imágenes de las cámaras bancarias, en la oficina no disponían de ellas pues se almacenaban en la central de seguridad. El director quedó en solicitarlas para enviarle al día siguiente todo el archivo del mes de enero. Salió a la calle y se dirigió hacia los establecimientos colindantes, una autoescuela, una tienda de moda femenina y una crepería, pero ninguno disponía de cámaras. Luego caminó hacia el vehículo policial a la vez que sus compañeros salían del portal.

—¿Qué has averiguado?

—Mañana nos mandarán las imágenes.

—Nosotros llevamos un par de retratos robot; suponemos que bastante fiables. Nos ha hecho una descripción muy exhaustiva de la mujer, no se le ha escapado un detalle; sin embargo, del hombre apenas nada.

* * *

Andrés ya se había adaptado a la casa, por lo que fue en busca de comida para llenar el frigorífico. Salió a primera hora sin olvidarse de la obligada mascarilla. No quería cruzarse con nadie y menos que pudieran reconocerle. Llenó un carro del supermercado con alimentos de primera necesidad, con fruta y con mucho congelado. Pagó con tarjeta de crédito, encargó que se lo enviasen y regresó a la casa.

# XIII CATALUÑA

Había muchos frentes abiertos en la investigación y ya iba siendo hora de empezar a cerrar flecos. En esta nueva reunión diaria comenzó hablando Alfonso, diciendo que ya había recibido la información remitida por la Policía catalana.

—En el informe se dice que vivía en Gerona desde hacía unos cuatro años. Y, como ya sabemos, se dedicaba a entrenar; les constan los antecedentes ya conocidos de trafico de drogas, unos delitos ya prescritos. Nos enviaron una foto, las copias de su pasaporte y la de su carnet como entrenador federado; y nos dicen que han preguntado a los vecinos. Recuerdan a una mujer muy elegante y atractiva que le visitaba con cierta frecuencia, aunque no era la única. He comparado la foto con la del cadáver y se asemejan.

—Está bien, ¿Marta has recibido las imágenes del banco? —preguntó Lucía.

—Sí, las he estado visionando, pero no me ha dado tiempo a verlas todas. He llegado hasta el día diez de enero y no he observado a ninguna persona que se le pueda asemejar. bien es verdad que a partir de esa fecha es cuando nos dijo el portero que estuvo por allí; espero tener más suerte esta tarde, cuando finalice el visionado.

—Sigue cuando puedas, es importante ponerle cara cuanto antes.

—Tu turno, Félix. ¿Nos puedes decir algo más de la autopsia?

—Ya se saben los medicamentos detectados en el cadáver. Es un cóctel de los antidepresivos Lexapro, Paxil y Pexeva.

—¡Algo es algo! —Lucía se revolvió sobre su silla. A continuación, Félix se dirigió hacia ella.

—¿Por qué no solicitas al Juzgado la autorización para desplazarnos a barcelona? A lo mejor podemos averiguar algo más.

—No es mala idea. Iréis Alfonso y tú. En cuanto me la envíen salís para allá; mientras tanto nosotras seguiremos con la investigación.

Lucía llamó a la jueza exponiéndola los últimos hallazgos así como la solicitud para poder desplazar a parte de su equipo a Cataluña.

—No creo que haya problema. En un momento te mandaré la autorización a tu e-mail.

Mientras tanto la inspectora flores seguía pensando en cómo era posible que una persona mayor hubiese desaparecido y que nadie supiese nada.

* * *

Un BMW gris metalizado se detuvo ante la casa de Andrés. Se bajó una mujer para dirigirse de inmediato y con paso rápido hacia la entrada. Tocó el timbre. No hubiera hecho falta pues la puerta se abrió al instante. En la soledad de aquel pueblo Andrés había oído el

motor. Abrió al instante y se saludaron. Dirigiéndose hacia el salón se sentaron, sin mediar palabra, en un sofá cómodo, pasado de moda.

—Puedo quedarme unos días aquí… —fueron las únicas palabras de la recién llegada.

# XIV LOS FARMACÉUTICOS

A primera hora del día siguiente Lucía ya disponía de la aprobación del Juzgado para que sus compañeros se desplazasen a barcelona. No había tiempo que perder. Ella, obsesionada con la actitud poco cooperativa de Antonio, decidió hacerle otra visita junto a su compañera, además de aprovechar para inspeccionar de nuevo la vivienda. Al rato, al verlas bajarse del coche policial pareció contrariarse.

—Tranquilo, aún aun no venimos a por ti; necesitamos entrar en la vivienda de don Andrés.

Él se fue hasta la portería y de un armario portallaves recogió la solicitada. Luego las acompañó, subiendo por las escaleras hasta la vivienda mencionada, abrió la puerta y, por indicaciones de las policías, se quedó fuera.

Para entrar se agacharon un poco evitando la cinta de balizamiento policial. Todo estaba tal y como lo habían dejado. No parecía que hubiese nada anormal. Recorrieron la casa despacio, con actitud detectivesca. Observaron, sin embargo, que no había fotografía alguna identificativa de su propietario en ninguna de las habitaciones. Cuando ya salían Marta abrió un cajón del mueble recibidor y, para su sorpresa, entre muchos cachivaches y bajo una gamuza encontró un marco de pie en cuya vieja fotografía podía verse a una persona adulta acompañada por otra más joven y, entreverado a la moldura, un papelito recortado de una libreta con un teléfono escrito a bolígrafo.

Se llevaron tanto la fotografía como el papel para averiguar a quién podría corresponder aquel número telefónico. Al llegar al portal le mostraron la fotografía a Antonio y le pidieron que identificase a aquellas dos personas.

—Sí, el señor mayor es don Andrés. Al otro no le conozco.

—¿No será su sobrino? Se encogió de hombros.

—Lo bueno que eres para las mujeres y lo mal que recuerdas a los hombres.

—Es lo que hay —dijo con sarcasmo.

Le devolvieron la llave conminándole con un «Te recuerdo que nadie puede entrar en esa casa. Te haremos responsable de cuanto suceda».

—Bueno, ya tenemos algo más; ahora que el laboratorio analice esas caras. A ver qué averiguamos.

Ya en el coche, y de regreso a la Comisaría, Lucía recibió un *WhatsApp* de Félix. Habían cogido el AVE de las 9:30 y a media mañana estarían en la estación barcelona Sants.

* * *

Unas horas después llegaron a la Jefatura Superior de Policía de Cataluña, en la Vía Layetana número 43. fueron directos desde la estación de ferrocarril porque el inspector Esteban Ruiz les esperaba en su despacho. Se saludaron de manera oficial y este se puso a su disposición.

—Querrá saber por qué hemos venido.

—Por supuesto, pero vuestra jefa ya me ha puesto al corriente del caso.

En ese momento Félix recibió una llamada de ella y, al instante, puso el altavoz para que los reunidos pudieran escuchar.

Habían modificado la fotografía encontrada y, envejeciendo las caras digitalmente, les habían salido dos personas que, por los rasgos, podrían ser don Andrés y su sobrino. Y lo más importante, el fichero había escupido el nombre Jordi Pérez García, cuyo primer apellido coincidía con el de él. Añadió que enviaría todo a su correo electrónico.

Acto seguido el inspector Ruiz tecleó en su ordenador el nombre que acababa de escuchar y salieron reflejados diferentes datos: Una persona sin antecedentes penales, casado con Aurora Roig Prat, ambos farmacéuticos que regentaban una farmacia situada entre El Poblenou y El Maresme. Al instante enviaron toda la información a Madrid.

—Bien, nos pondremos en marcha —habló el inspector Ruiz—. Con esta información sobre los sobrinos del fallecido debemos acercarnos a conocerlos.

* * *

Decidieron ir los tres de inmediato hasta la mencionada oficina de farmacia. Tenían a su disposición un Citroën C5 camuflado de color granate en el garaje de la Jefatura.

—A sus órdenes —el subinspector Garrido hizo el saludo de rigor. Les esperaba con las puertas del coche abiertas.

El joven, alto y vestido de manera informal, se puso al volante y salieron hacia la mencionada dirección avanzando por la Vía Layetana hasta la Ronda Litoral para adentrarse después en la Avenida Diagonal. En el viaje, de algo más de un cuarto de hora, hablaron de la situación policial de Cataluña. Mencionaron su preocupación ante la compleja situación profesional pues una parte de la sociedad catalana quería mantener allí solo a la Policía Autonómica y no se sentían lo suficientemente respaldados desde Madrid, pues a la hora de deslindar las actividades de unos y de otros…

A su paso por la Villa Olímpica comenzaron a hablar de fútbol. El inspector Ruiz se confesó como un entregado hincha del Atlético de Madrid. A Alfonso se le iluminó la cara.

¡Un colchonero en barcelona! Se contaron algunas anécdotas del

centenario club y su siempre comentada mala suerte. Ese mismo día había salido en los periódicos que Mark Clattenburg, el árbitro de la final de la Champions League de 2016, en Milán, había reconocido como fuera de juego la jugada del gol, que se había tragado su asistente, o la mala puntería de Griezmann al estrellar contra el larguero la pena máxima del segundo periodo… Sus jóvenes compañeros, Félix y Garrido, permanecían callados, escuchando los lamentos de aquellos hinchas rojiblancos y sonriendo a hurtadillas.

Ante la imposibilidad de aparcar ante el número 32 de la avenida Diagonal, por encontrarse con un carril bus-Taxi, torcieron hacia la calle de Josep Pla aparcando en el chaflán en una zona de parking reservado junto a un paso de peatones.

—Garrido, vaya usted solo; así no levantamos sospechas—dijo el inspector.

Fue grande la sorpresa de todos cuando salió diciendo que había una nerviosa farmacéutica adjunta, que los propietarios llevaban varios días sin aparecer por allí y que ella no sabía dónde estaban. Por recabar alguna otra información accedieron a un colindante Centro de renovación del carnet de conducir. La recepcionista, ante el mostrador, se puso nerviosa y los miró con desconfianza. Tras identificarse con un «buenos días» cordial, y preguntar por los farmacéuticos, de un despacho salió al instante un médico.

—Cómo no los vamos a conocer. Son buenos amigos y muy educados, aunque llevan varios días sin venir. Hacen mucho deporte y son dos buenos runners, de modo que estarán por Montserrat preparándose para la próxima Maratón de barcelona. Ella es una mujer de bandera en todos los aspectos y él también tiene buena presencia gracias a la excelente preparación para este deporte.

—¿Van solos o les acompaña alguien?

—Bueno, alguna vez otro hombre con acento sudamericano. Pero no siempre.

De nuevo en el coche volvieron a introducir los datos del sobrino de don Andrés en el iZ de la consola central. Ahora, además de los datos conocidos constaba el domicilio. Se llevaron una grata sorpresa pues estaba cerca, a unas cuantas manzanas.

—Vamos para allá, a ver qué encontramos y si podemos salir de este bucle de averiguaciones.

Iban a dirigirse hacia allá cuando el inspector Ruiz sugirió a Alfonso que preguntase en otra farmacia cercana a esta. Entre colegas se contarían aventuras profesionales pero también chismes y demás.

—Me parece bien; a ver qué averiguo, que los colchoneros nunca damos nada por perdido.

—Cuando nos dejan —no se le iba de la cabeza la injusticia arbitral de Milán.

Quinientos metros más allá, en dirección al Parque del forum, Alfonso entró en la farmacia y le recibió tras el mostrador la sonriente farmacéutica titular. Al identificarse ella se puso en alerta.

—No se preocupe, no pasa nada. Estamos averiguando el paradero de los propietarios de la farmacia de Diagonal 32. Llevan unos días desaparecidos, algo que no es normal y más en esta situación actual de incertidumbre sanitaria.

La farmacéutica puso cara de extrañeza, pues no sabía nada.

—¿Me puede hablar de ellos? ¿Mantienen alguna relación?

—Los conozco desde que me instalé en este local. fueron las primeras personas a las que conocí y me ayudaron a pesar de que para ellos sería competencia. Luego, con el tiempo, me he dado cuenta de que en este barrio hay clientes para todos. Nos hemos seguido viendo en las reuniones para hacer el calendario de guardias. Con quien tengo más relación es con Aurora. Comemos juntas una vez al mes, aunque estar con ella es un sinvivir ante la expectación masculina.

—¿Cómo era la relación con su marido?

—Yo los veo bien; él es un poco más retraído, pero muy educado y se nota que se quieren y hay buen rollo entre ellos, pues no dejan de darse besos y siempre iban cogidos de la mano. Hasta resultan empalagosos.

—Me han dicho que se les podía ver con otro hombre…

—No sé si se referirá a un amigo de la familia, que vive en Gerona y se dedicaba a algo del fútbol, pero no le puedo decir más.

—Por casualidad, ¿no sabrá si mantenía una relación quizás algo más estrecha con Aurora?

—Ahora que lo dice… Puede que sea así. Las mujeres tenemos un tercer sentido y en alguna ocasión hablamos de él, pues yo estoy soltera y ella me decía que era buen partido y, la verdad, es que a pesar de su edad tenía muy buena presencia, pero nunca le hice caso. Cuando acabábamos de comer ella se iba en el coche y no a la farmacia esa tarde; decía que era su día libre.

Se despidió con cordialidad y salió en dirección al coche, donde sus compañeros le esperaban. Les informó del contenido de la conversación. Apuntó a una posible relación especial con el sudamericano. Acto seguido arrancaron el coche para dirigirse hacia el domicilio de los farmacéuticos.

El portal era lujoso, como todos los de la zona, y en la entrada había un portero uniformado que les preguntó dónde iban. Le enseñaron la placa mientras le dijeron que buscaban al matrimonio formado por Jordi y Aurora. Hacía tiempo que nos los veía y le comentaron de forma sucinta sobre su desaparición y que deseaban ver dónde vivían.

En el quinto derecha de la finca regia encontraron una vivienda

grande, decorada con gusto, amueblada con calidades máximas y todo lujo de detalles. En el dormitorio, sobre un aparador de madera nacarada art decó que aportaba frescura y romanticismo, un par de espejos vintage asimétricos y, junto a un jarrón de cristal de Murano envejecido, un par de marcos de fotos tanto de la pareja como otro junto a una persona mayor.

—Este puede ser el tío de Jordi —dijo Félix mientras en las numerosas habitaciones hacía una serie de fotografías con el móvil.

Casi al mediodía habían regresado a la Jefatura.

—Bien, resumiendo, tenemos la identidad de dos personas y su vínculo familiar con don Andrés. Sabemos que desde hace tiempo no aparecen por su farmacia y hasta la fecha nadie ha denunciado su desaparición —resumió el inspector Ruiz—. En cuanto a la víctima envenenada, puede que tuviera relación con los desaparecidos aunque, ahora bien, no sabemos de qué tipo. Y es posible una relación sentimental con la mujer. Además, al ser los dos boticarios tienen acceso a los medicamentos y conocimientos médicos.

—Por otra parte —añadió Alfonso—, don Andrés también sigue en paradero desconocido. Sí, magnífico el resumen de los hechos. Ahora hemos de articular todos los datos.

Los policías madrileños andaban sopesando si quedarse a almorzar junto a sus compañeros o irse hasta el hotel… Entonces Félix, dirigiéndose a Alfonso, le dijo que puesto que no parecía que averiguasen mucho más, y aún tenían su equipaje de mano, podrían llamar al hotel y anular la reserva, volviéndose a Madrid esa misma tarde en un AVE que salía media hora después.

—Como queráis. Nosotros seguiremos con la investigación; cualquier cosa que averigüemos la pondremos en vuestro conocimiento al instante —dijo el inspector Ruiz—, al tiempo que les estrechaba la mano.

Se dirigieron a la estación de Sants en taxi. Nada se dijeron en el trayecto pero mientras Alfonso disfrutaba de aquellas anchas avenidas rectas y limpias Félix se dedicó a poner un hilo casi telegráfico de *WhatsApp* a Lucía anunciándole su retorno y los avances logrados.

* * *

Pasaban los días y ni Andrés ni Aurora habían hablado del motivo de la visita. Ella se mantenía en su dormitorio y solo salía a la cocina cuando sabía que Andrés estaba en otra sala. Se limitaban a convivir aislados; a comer y a ver la televisión. Cuando necesitaban algo llamaban al colmado del pueblo y el demandadero se lo llevaba. En el pueblo ya empezaban a curiosear sobre el coche aparcado ante la casa, que no se había movido desde que llegó.

—Ya es hora de que me digas a qué has venido —le preguntó a ella

—. Creo que tengo derecho a saberlo.
Aurora permaneció callada.

# XV ANDRÉS

A primera hora de la mañana ya todo el equipo se encontraba reunido en el despacho de la inspectora Lucía flores, quien resumió las últimas pesquisas. Tras visitar la casa de la avenida filipinas, el hallazgo de un número de teléfono les llevó a una empresa de alquiler de vehículos con conductor.

—Efectivamente —prosiguió—, hacían servicios para don Andrés. Antes del estado de alarma le trasladaron a Olmedo, una población en la provincia de Valladolid. Allí le dejaron en la dirección que indicó y desde entonces no han vuelto a saber de él. Lo hemos puesto en conocimiento del Juzgado, que a su vez se lo ha notificado tanto a la Comandancia de la Guardia Civil como a la Policía Nacional de Valladolid para que investiguen, informen y procedan a su detención. Estamos a la espera de noticias.

—Nuestras indagaciones en barcelona —habló Félix— se pueden resumir en que el matrimonio de los sobrinos está en paradero desconocido; también creemos que podría existir una relación, quizás sentimental, entre ella y la víctima. Hice numerosas fotografías de aquella vivienda y ya las tenéis cargadas en el ordenador.

Volviendo una pantalla hacia la mesa se dispuso a visualizarlas. Y tecleando a una velocidad de vértigo con solo dos dedos cargó el visor XnView y al rato todos estaban observando con expectación. fue pasándolas lentamente. Primero, unos pantallazos generales y, a continuación, detalles de cada una de las habitaciones. Sí; realmente era una casa de diseño. Se detuvieron en las reproducciones de los portarretratos.

—Un momento… Detente ahí —musitó la inspectora—.

¿Es la mesilla del dormitorio? ¿Solo yo lo estoy viendo? ¿No es el mismo libro que encontramos el primer día en la casa de don Andrés?

—Buena observación. Qué memoria… —dijo Félix—.

¡Qué casual que esté en las dos casas investigadas!

En ese instante sonó el teléfono de Lucía flores. La jueza le informaba de que la Policía Nacional había encontrado a las dos personas que buscaban y las habían llevado retenidas. De inmediato serían trasladadas a Madrid.

—Me ocuparé de que así sea —dijo Lucía.

—Ponte en contacto con ellos y decide qué se puede hacer — terminó diciendo.

De inmediato llamó por un teléfono interno a unos de los policías de su departamento con la orden imperiosa de que la pusieran en contacto con la Jefatura Superior de Policía Nacional de Castilla y León.

Un cuarto de hora después al otro lado de la línea se puso al habla

el inspector Rubio.

—Buenos días, soy la inspectora Lucía flores, de la Policía Científica de Madrid.

—Esperaba su llamada, compañera. Supongo que ya estará al tanto de la situación. Hemos procedido al arresto de dos personas en Olmedo en una operación conjunta con la Guardia Civil. No ha sido difícil; en los pueblos se sabe todo. Los tenemos retenidos aquí en la Dirección General a la espera de sus instrucciones. Los arrestados ya se han puesto en contacto con un abogado de barcelona que se hará cargo de su defensa, un familiar de la mujer.

—Buen trabajo, pero necesitamos que los traigan a Madrid lo antes posible. A los dos investigados se les acusa de estar implicados en un probable homicidio. Lo más rápido sería que vinieran en helicóptero. Si tienen ustedes disponibilidad, bien; si no mandamos uno desde Madrid.

—Es mejor que manden su helicóptero; aquí no estamos sobrados de medios.

—Muy bien, ponemos en marcha la operación. Volamos para allá lo antes posible. Iré yo personalmente.

—Les esperamos.

Media hora después un Eurocopter EC 135 del Servicio de Medios Aéreos despegaba del aeropuerto de Cuatro Vientos. En algo menos de una hora el transfer aterrizaba en la base Aérea de Villanubla y, mientras el piloto hacía las maniobras de aproximación, las policías madrileñas pudieron observar a dos personas a pie de pista.

—Buenos días —dijo el inspector Rubio haciendo el saludo oficial cuando se apearon—. Conmigo el subinspector García. Supongo que usted es la inspectora Lucía flores.

—Así es. Buenos días, compañeros —respondió mientras señalaba con la mano—. Les presento a la subinspectora Marta fernández.

En el recorrido hasta la Jefatura, de apenas veinte minutos en coche, hablando del caso el inspector Rubio dijo estar sorprendido por la entereza del hombre aunque «no así la mujer, se la ve desmoronada».

Al llegar, el Juzgado de Madrid ya había remitido toda la documentación necesaria para formalizar el traslado. Al momento aparecieron esposados un hombre de edad avanzada y de buena presencia junto a una señora muy atractiva. La inspectora flores tenía ganas de conocerla después de todo lo que se había hablado de ella. Y, la verdad, no la defraudó y pudo cerciorarse de que se trataba de una mujer espectacular y de buena presencia a pesar de haber pasado la noche en el calabozo. Al rato comenzó a formalizar la tramitación para poner en marcha el proceso de entrega para el retorno hacia Madrid. Pronto la comitiva formada por un furgón de la Policía

Nacional preparado para el traslado de detenidos seguido de un coche Z ponía rumbo a Villanubla para hacer el viaje de retorno. Justo en el momento en el que Aurora ponía su pie en la célula de alta seguridad de la furgoneta cruzó una mirada desafiante con la inspectora Lucía flores.

Durante el viaje de regreso en el mismo helicóptero todos permanecieron en silencio. Solo se oyeron el rotor de las hélices y las conversaciones entre el piloto y los controladores aéreos de los aeródromos, ahora anunciando la pista libre y la autorización para el aterrizaje en la correspondiente plataforma, cerrando así su plan de vuelo. Las policías madrileñas no dejaron de observar ni los cielos castellanos ni las cumbres del Sistema Central mientras en voz baja dirimían sobre las pesquisas y las causas que habrían guiado a aquellas dos personas hacia el mundo criminal.

Les llevaron directamente a los calabozos de la Comisaría. Debía volver a reunirse el equipo de investigación junto al personal del Juzgado de Instrucción para repasar el atestado con las pruebas y alegatos ante la inminente llegada del abogado defensor.

—Vamos por buen camino. Hemos encontrado a dos de los sospechosos y solo es cuestión de tiempo localizar al sobrino de don Andrés.

# XVI LOS CALABOZOS

Ya estaba reunida la inspectora con su equipo cuando el abogado hizo acto de presencia disculpándose por el retraso «ante el caos circulatorio de la capital y el tiempo perdido en acreditarme para acceder al edificio». Luego, todos se dirigieron hacia las salas preparadas para los interrogatorios en la zona de los calabozos.

La inspectora fue la primera en hablar.

—Si el abogado de los detenidos está de acuerdo podemos empezar.

—Cuando quiera —contestó.

Escoltados por una pareja de policías llegaron juntos y sin esposar. Aurora quedó en una salita anterior y pasaron a la sala el tío y el abogado catalán. Se sentaron ante todos y le leyeron sus derechos, siendo la inspectora la encargada de dirigir el interrogatorio.

—¿Es usted don Andrés Pérez Villaseca?

—Sí.

—Se le acusa del homicidio de don Luis Parea Heredia. Intervino el abogado, para corregir y dijo «supuesto».

—De acuerdo, sí; el supuesto homicidio.

Lucía flores le insistió en su derecho a no declarar si así lo estimaba en calidad de investigado, anticipándose el abogado defensor diciendo «no lo va hacer». Sin embargo, le sorprendió la voz del acusado.

—Le rectifico, señor abogado —dijo Andrés Pérez—. Voy a declarar a todo lo que se me pregunte, no tengo nada que ocultar.

—De acuerdo —dijo la inspectora flores—. Abogado,¿algo que objetar?

—Nada —respondió con cara de contradicción.

—¿Es usted el propietario de una vivienda en Madrid, situada en la avenida filipinas, nº 16, 2 C?

—Sí, desde hace unos diez años.

—¿Tiene conocimiento de que en su domicilio se ha encontrado un cadáver?

—Sí, me lo ha dicho mi sobrina.

—¿No le resulta extraño?

Se quedó pensativo; no sabía qué contestar.

—Le han informado de quién se trataba. En otras palabras, ¿conocía a la víctima?

—No, pero había oído hablar de él.

—¿Quién le habló de él?

—Mis sobrinos —respondió ligeramente nervioso.

—¿Qué le dijeron?

—Solamente que era un amigo de barcelona.

—Algo más le habrán dicho… —insistió Lucía.

—Únicamente lo que ya he declarado.

—Otra cuestión, ¿cuándo abandonó la casa?

—Antes de la cuarentena, creo que el día 10 de marzo.

—¿Por qué tomó esa decisión?

—Me lo aconsejaron mis sobrinos.

—Está bien —dijo comprensiva, al tiempo que le preguntaba por quién tenía llaves de su casa.—El portero, mi sobrino Jordi y su mujer Aurora.

—¿Cómo se explica para qué pudo entrar en su casa?

—No tengo ni idea.

—Otra cuestión, ¿su sobrino Jordi Pérez García, estaba al corriente de lo que había sucedido?

—Creo que no, por lo que me ha dicho Aurora.

—¿Eran frecuentes las visitas de su sobrino y su mujer?

—Siempre que pasaban por Madrid solían visitarme, aunque como ellos tenían un piso alquilado en el mismo edificio, en la tercera planta, no me causaban ninguna molestia; es más, me agradaba recibir su visita.

En este momento Lucía y todo su equipo se miraron extrañados por ese dato que desconocían. Debían hacer un inciso; no quería prolongar por más tiempo el interrogatorio.

—¿Tiene algo más que añadir?

—Únicamente que soy inocente; no he tenido nada que ver con todo esto.

—Puede retirarse si su abogado no tiene nada que preguntar.

—Nada —contesto molesto pues no se estaban desarrollando las cosas como él había previsto.

Andrés, al lado de su abogado, firmó la declaración que le presentaron y acto seguido le condujeron a la zona de los calabozos. La inspectora, mientras, decidía hacer un receso. Ya en su despacho, junto a todo su equipo, se reprochó que se les hubiera escapado aquel dato durante la instrucción añadiendo «vosotros no tenéis la culpa, es únicamente mía».

—Subinspectora, ¿tienes ahí la relación de los vecinos?

Le entregó un dossier y chequeándolo rápida encontró que, efectivamente, la vivienda del 3º A estaba alquilada por don Jordi Pérez García.

—¡Qué contrariedad! —continuó diciendo—, espero que tomemos nota de los errores que hemos cometido. Sin haber pasado por alto esta información la investigación nos habría resultado más fácil para acelerar la resolución del caso. Además, ¿por qué el portero no nos ha dicho nada de esto? Sigo pensando que nos oculta información.

—Estoy de acuerdo, jefa —dijo Alfonso—, desde el primer

momento no me ha gustado nada su actitud y la falta de colaboración.

—De acuerdo, voy a solicitar al Juzgado una orden de detención para él y le volvemos a traer a la Comisaría. Por favor, Félix, ocúpate de hacerlo mientras nosotros regresamos a la sala de interrogatorios —dijo Lucía, cargada con papeles—. Veamos qué nos dice la esposa del sobrino.

Llevaron a la mencionada a la sala de interrogatorios y se sentó al lado de su abogado.

—¿Es usted Aurora Roig Prat?

—Sí, soy yo.

—Mi defendida no va a declarar —habló de inmediato el abogado, levantándose como empujado por un resorte.

Quizás se tratase de algún tipo de estrategia defensiva, pensó Lucía. Estaba en su derecho. Sin embargo la detenida la miró fijamente para añadir que sí quería declarar. Y cariacontecido el abogado volvió a sentarse con cara de sorprendido y como diciéndose «qué hago yo aquí».

—Bien; en eso caso, empezaremos. ¿Es usted, la esposa de Jordi Pérez García?

—Sí.

—¿Conoce a Andrés Pérez Villaseca?

—Sí, es el tío de mi marido.

—¿Conocía a Luis Parea Heredia?

—Sí.

—¿Desde cuándo le conocía?

—Desde hace bastantes años. Era futbolista profesional y, por medio de una tercera persona, le suministrábamos anabolizantes cuando estaba en activo. Pero desde que se retiró ya no lo hacemos; ni a él ni a nadie.

La inspectora se revolvió por dentro. Un nuevo dato desconocido. Sí es cierto que se había planteado este vínculo en alguna reunión precedente pero ante las prisas por encontrar a los implicados se había dejado de lado.

—Al regresar a España —continuó hablando—, volvió a contactar con nosotros para que le siguiéramos suministrando. Le dijimos que no, motivo por el que nos chantajeaba con denunciarnos. Posteriormente me propuso mantener relaciones sexuales; yo al principio me negué pero al final, con la promesa de que lo olvidaría y por qué no decirlo, me atraía por su acento argentino, por su labia y por su cuerpo musculado. Desde hace un año llevábamos viéndonos en su casa de Gerona…

Algo se rompió en su interior. Sentía la necesidad de contar todo aquello y se derrumbó. Parecía pensar en su marido. Lucía vio el momento de insistir en el interrogatorio.

—¿Y cómo explica que muriera en la casa del tío de su marido?

—Me llamó diciéndome que quería acabar con todo esto, que estaría unos días aquí. Me pidió que viniera y yo le di las llaves de esa casa —se echó las manos a la cara y continuó—. Dije a mi marido que como su tío se había ido a Olmedo nos fuéramos a Madrid. Me inventé una reunión en el Colegio de farmacéuticos en relación con la pandemia que estamos sufriendo.

Lucía la interrumpió.

—Si su intención era acabar con la situación que estaban pasando, ¿por qué se llevo medicamentos antidepresivos?

—No me fiaba de él. Los medicamentos eran la última opción. Había decido darle un susto para que viese que íbamos en serio. Desgraciadamente, las cosas se complicaron.

—¿Contaba con la ayuda de alguien? ¿Su marido estaba al corriente?

—Nadie más lo sabía, ni siquiera él. Quería mantenerle al margen de todo.

—¿Su marido no le pidió ayudarla?

—No, no sabía nada de nuestra relación. Pensaba que éramos amigos pero nada más. Como he dicho quería mantenerle alejado; me sentía con fuerzas para solucionarlo por mí misma.

Aurora no dejaba de gimotear. Unos grandes lagrimones recorrían toda su cara.

—Una última pregunta… ¿Por qué viajó a la casa del tío de su marido en Olmedo?

—Acordamos que yo pasaría por el pueblo, le contaría lo que había sucedido y volvería a barcelona. Jordi lo haría por su cuenta. No veía la manera de decírselo a nuestro tío, y cuando lo hice ya fue tarde y nos detuvieron. Jordi debe estar camino de barcelona.

—Por mi parte he acabado. ¿Quiere preguntar algo el abogado defensor?

—Nada —dijo pesaroso y con aspereza.

—De momento esto es todo. Lea la declaración que les presentamos y fírmela si está conforme.

Ambos firmaron. Aurora seguía llorando camino de los calabozos. En ese momento se abrió otra puerta y apareció la subinspectora acompañando al portero. Antes de decirle nada manifestó que no tenía intención de declarar sin su abogado presente.

—Muy bien, pero firme que no quiere declarar. Antonio, el portero, firmó de mala gana.

—Se puede marchar —dijo Lucía—, pero esté localizable por si tenemos que volver a interrogarle.

Toda la comitiva policial se fue hacia el despacho de la inspectora. Redactaron un informe con las declaraciones y se las remitieron al

Juzgado de Instrucción mientras conminaba al viejo *Colombo* madrileño para que volviese a ponerse en contacto con los colegas policiales catalanes. Debían localizar al escurridizo Jordi Pérez.

—Para ti, colega, lo que necesites —contestó el inspector Esteban Ruiz—. Nos ponemos en marcha inmediatamente y te informo.

# XVII LA JUEZA

No había pasado ni una hora cuando Lucía flores recibió una llamada del Juzgado para personarse lo antes posible. La jueza del caso quería hablar con ella. Cogió el bolso y la carpeta donde guardaba el informe pericial y salió camino del Juzgado. Al pasar ante la mesa de trabajo de la subinspectora le pidió que solicitase un coche policial. Al rato, a la puerta de la Comisaría reconoció al policía que ya estaba esperándola, subiendo a continuación al coche. Y como siempre que utilizaba este servicio se situó en la parte delantera como copiloto del mismo.

—Buenos días, perdona que te haya llamado con tanta urgencia, —dijo disculpándose—, pero necesito ir urgentemente al Juzgado de Instrucción nº 5.

—No se preocupe, estoy para esto; espero que no haya mucho tráfico. Con la pandemia hay muchos menos coches —respondió el conductor, que ya la conocía.

El policía de puerta hizo el saludo rutinario y ella con premura se dirigió al despacho de la jueza.

—¡Adelante, inspectora! Antes de nada quiero darte la enhorabuena por tu magnífico trabajo.

El fiscal, que también se encontraba allí, asintió con la cabeza.

—En vista de las declaraciones de los acusados y con las pruebas que tenemos estoy en disposición de decretar las primeras disposiciones, aunque provisionales, de este caso, —dijo la jueza sin dejar de mirar los papeles que tenía encima de su mesa—. He decido mantener en prisión provisional a Aurora Roig Prat y dejar en libertad bajo fianza a Andrés Pérez Villanueva.

En ese momento sonó el teléfono móvil de la inspectora. Alfonso le comunicaba que Jordi Pérez había sido localizado en su casa de barcelona. Ella le informó a la jueza y esta dictó que fuera traslado lo antes posible a Madrid y puesto a disposición del Juzgado.

—Esto es todo de momento hasta que tengamos fecha para el juicio, que os comunicaré a su debido tiempo y plazo.

Lucía, más que satisfecha se dirigió hacia la salida, donde estaba esperándola el coche en el que había venido.

—¿Todo bien? —dijo el conductor.

—Perfecto —respondió ella con cara de satisfacción.

Ya en el Complejo Policial de Moratalaz Lucía reunió a su equipo, comunicándole las decisiones de judiciales.

# XVIII RELAJACIÓN

En un ambiente de lo más relajado se reunía el equipo de investigación a la espera de que hablase la inspectora.

—Creo que nos merecemos un descanso —dijo—. No sé vosotros, pero hoy necesito desconectar.

Se miraron incrédulos. Después de la reprimenda ahora este cambio de actitud. La subinspectora y Félix asintieron, mientras Alfonso alegó tener que hacer algunas llamadas.

—Si os parece, hoy nos damos un día de asueto. Vayamos a mi casa, pedimos algo de comer y… Ni una palabra de trabajo. Ah, y vamos en mi coche, que el de Marta es pequeño y Félix ni tiene.

Los tres sonrieron. El camino fue distendido. Félix se metía con Marta, aunque con Lucía le costaba más, pero al rato se había olvidado de que era su jefa y ella también fue dardo de las bromas. Cuando llegaron solo eran tres personas jóvenes y alegres con ganas de pasarlo bien después de una misión cumplida.

—Consideraos en vuestra casa. Ahora os la enseño; antes me voy a poner cómoda. Vosotros podéis hacer lo mismo. Para Marta tengo ropa pero para ti, Félix, no tengo nada, así que tú mismo; ponte como quieras.

Las mujeres desaparecieron hacia la habitación de Lucía. Mientras, él se sentó en un sofá e hizo amago de ver los mensajes de su teléfono, pero se contuvo y lo puso en silencio. Cuando levantó la vista vio a dos mujeres y era como si no las conociera: Lucía llevaba la misma ropa que en la visita de Marta y esta un top corto de pecho fruncido y una braguita de encaje floral.

—Ha merecido la pena la espera —dijo Félix sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—¿Qué te pasa? Parece hayas visto fantasmas.

—Fantasmas no, pero veo a dos mujeres. No pensaba que bajo vuestros uniformes…

—¿Y qué te parece? —dijeron al unísono.

—Ups… ja, ja, ja. Muy bien. ¿Ahora qué hacemos? ¿No estaré soñando?

—Tú verás si esto es un sueño.

Mientras se le acercaban insinuantes y se desprendían de sus minúsculas ropas, Félix hizo lo mismo con las suyas.

—Si quieres podemos hacer caso a Aute, que decía «O entre los tres nos organizamos, sí puede ser»…

# XIX EL JUICIO

Agotados todos los plazos legales y realizadas las investigaciones pertinentes por parte de la Policía y de la fiscalía,

la jueza decretó la apertura del juicio oral para el mes de octubre de 2021. La pandemia por el Covid-19 seguía imperando libre en la sociedad pero con menor virulencia. Parte de la misma no respetaba las mínimas medidas de seguridad y ya no solo afectaba a las personas mayores o enfermos con patologías graves, sino que ahora las afectadas eran las personas jóvenes. La vacunación masiva, y consecuentemente la inmunidad de la población, se veía como única solución.

Todos los acusados estaban en libertad bajo fianza. Se le había impuesto a Aurora la de mayor cuantía. Y como todos tenían su residencia habitual en barcelona deberían desplazarse a Madrid. Antonio seguía trabajando en la portería pero su carácter había cambiado; ya no se oían los acordes de su guitarra ni sus «buenos días» a los vecinos. Incluso la limpieza de la comunidad vecinal ya no era tan frecuente ni tan exhaustiva. Lucía y su equipo continuaron con sus rutinas habituales, con más trabajo del habitual dada la situación social debido a la subida del paro, el cierre de negocios y que el Gobierno de coalición no acertaba con las decisiones adoptadas. Había dejado la solución en manos de las autonomías regionales y cada una de ellas hacía lo que le parecía. Tampoco los grupos de oposición lo ponían fácil: Por un lado, los partidos independentistas seguían reclamando más competencias y, por otra, los partidos de derechas no aportaban ninguna solución y se dedicaban a boicotear cualquier acuerdo.

La formación del jurado popular, compuesto por cinco hombres y cuatro mujeres, no había sido fácil, pues nadie quería pertenecer a él, unos porque decían no estar preparados y otros porque no podían dejar su trabajo, aunque al ser obligatorio no se podían negar.

La magistrada del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción era una mujer que rondaba la sesentena, con dilatada experiencia en parricidios o asuntos personales. Uno de sus casos más mediáticos, en su anterior destino aragonés, fue el denominado «Caso fago», donde tuvo de juzgar el asesinato del alcalde Miguel Grima cometido por Santiago Mainar. Su resolución la ayudó para recabar en Madrid. El fiscal de este caso, de unos cuarenta años pero con experiencia contrastada, tenía fama de valiente, experto en derecho y con honestidad a toda prueba.

El matrimonio seguía con el mismo abogado de la instrucción; no así Andrés, que se había buscado otro que le inspiraba más confianza, ni Antonio, con un abogado que le había dado todas las esperanzas

para salir libre de cargos.

La sala estaba prácticamente vacía, solo ocupada por las personas que dirimirían el juicio. El 10 de octubre a las 9 horas, a punto de comenzar, la jueza parecía complacida con esta situación. Menos ruido, menos personas, más concentración, más control. En definitiva, más tranquilidad.

Todas las personas ocuparon sus lugares asignados, desde los acusados con cara seria, situados tras sus abogados así como el fiscal, acompañado de otros dos abogados más jóvenes. También la inspectora flores y parte de su equipo se encontraban al final de la sala.

—Se levanta la sesión del juicio contra don Andrés Pérez Villaseca, don Jordi Pérez García y doña Aurora Roig Prat, acusados del homicidio de don Luis Parea Heredia, y don Antonio Olmo Sastre por ocultación de pruebas y falta de colaboración con la Policía. Tiene la palabra el Ministerio fiscal.

El fiscal narró los hechos por los que se imputaba a los acusados. A continuación el abogado de Antonio tomó la palabra para protestar. Su defendido no estaba acusado de nada y no debía estar allí.

—Denegado —dijo la jueza—. Se verá durante el juicio. El sumario del caso no dice lo mismo.

Lucía miró a sus compañeros con satisfacción y el juicio empezó con el testimonio del médico forense.

—¿Qué nos puede decir de la autopsia del cadáver?

—Se trata de un varón de unos cuarenta años con buena constitución física. El cuerpo no presentaba ningún rasgo de violencia física; en el estómago se encontraron restos de escitalopram, duloxetina y venlafaxina, entre otros. Todos medicamentos antidepresivos que por sí solos no acarrean ningún problema, pero todos juntos y en gran cantidad pueden resultar mortales, que es lo que hemos dictaminado como causa de la muerte.

Continuó diciendo que el cadáver había sido lavado con agua clorada, «suponemos que para eliminar huellas».

—¿Estos medicamentos están al alcance de cualquier persona? —preguntó el fiscal.

—Se pueden comprar en cualquier farmacia, con receta médica —contestó el aludido.

—¿Alguna otra cosa?

—Eso es todo. Los demás datos técnicos constan en el sumario que hemos entregado a la sala; no obstante, no descartamos encontrar alguna sustancia más en un futuro, dada la complejidad de las sustancias empleadas.

La jueza dio por terminado el turno del fiscal y dio paso al de la defensa.

—¿Esos medicamentos —preguntó el abogado del matrimonio— se los puede tomar uno mismo, sin ayuda de nadie?

—Por supuesto que sí, pero no sería lógico que ningún médico lo hubiera prescrito ingerir de esa manera.

—Repito, ¿se los podía haber tomado la víctima conscientemente?

—La respuesta es sí.

—Ninguna pregunta más.

—Puede retirarse —dijo la jueza.

A continuación llamó a Andrés que, previo juramento de decir la verdad, se sentó en el banquillo. El primero en preguntar fue el fiscal.

—¿Cómo se considera?

—Inocente; no he participado ni sé nada del homicidio.

—Eso lo veremos durante el juicio. Limítese a contestar lo que se le pregunte —dijo la jueza de mal humor.

—¿Le contó su sobrina los hechos sucedidos? —interrogó el fiscal.

—Sí, pero muy brevemente.

—¿Cuándo?

—Poco antes de la detención.

—¿No se han vuelto a ver desde entonces?

—Alguna vez hasta ese momento, pero brevemente, y no hemos hablado del caso.

—¿A pesar de vivir en la misma ciudad, barcelona?

—Hemos mantenido cierto distanciamiento; supongo que para protegerme.

—¿Me puede explicar mejor lo que acaba de decir?

—Únicamente que mis sobrinos deben haber decidido mantenerme aislado de todo esto.

—¿Cuándo se enteró de los hechos que se están juzgando? —el fiscal insistía.

—Me lo dijo Aurora un poco antes de que nos detuviesen —contestó.

—¿Y qué le dijo?

—Que, por error, había muerto Luis.

—¿Cómo puede ser que por un error muera una persona en las circunstancias que estamos juzgando?

—No puedo decir nada más —Andrés se encontraba desbordado.

—¿Usted conocía a la víctima o tampoco sabe nada?

—Personalmente no, solo de referencias. En alguna conversación surgió su nombre. Era un amigo suyo de barcelona.

—Creo que no está diciendo todo lo que sabe —insistió el fiscal.

—He dicho todo lo que sé.

—Otra cuestión, a ver si sabe algo más, ¿tenía en su casa medicamentos antidepresivos?

—No los tomo.

—¿Recuerda si sus sobrinos los tomaban?

—No le puedo decir; yo no sé qué toman ellos.

—Esto me ha quedado claro; lo que no tengo tan claro es por qué abandonó Madrid y luego el cadáver apareció en su casa.

—Me lo aconsejaron mis sobrinos. Ellos son farmacéuticos y cuando empezó la pandemia me dijeron que era mejor salir de Madrid, que la situación se pondría grave, como así ha sido. Con relación al cadáver no puedo decirle nada. A mí también me extrañó.

—¿No le preguntó a sus sobrinos?

—No les he preguntado nada, solo lo que ellos me han querido decir.

—¡Qué raro es todo! —dijo el fiscal.

—No emita juicios y limítese a preguntar a los acusados —intervino la jueza.

—Está bien. ¿Por qué fue a Olmedo?

—Era el domicilio de mis padres y conservo todavía su casa; solía ir de vez en cuando pues allí me encontraba bien. Pasaba alguna temporada, siempre de pocos días.

—¿Su sobrino era conocedor de que existía esa casa?

—Por supuesto, hemos estado juntos en ella varias veces.

—En la declaración que hizo a la Policía, no consta ese dato.

—No sé; han de preguntárselo a él.

—Otro tema para acabar, ¿qué relación tiene con Antonio, el portero de su casa?

—Buena, me ayudó mucho cuando me fui a vivir allí.

—Él ha declarado que usted le daba dinero.

—Es cierto; le daba una gratificación por hacerme la compra e ir a la farmacia cuando yo no podía. Es sabido que me cuesta relacionarme con la gente.

—Por mí nada más —dijo el fiscal—, nada convencido del interrogatorio.

—¿El abogado defensor tiene algo que añadir? —preguntó la jueza.

—No, ha quedado bastante claro que mi cliente no tiene nada que ver con este caso.

—Puede levantarse y ocupar su lugar en la sala.

La jueza llamó a declarar a don Jordi Pérez García. Prestó juramento y ocupó el sitio del anterior. El fiscal se levantó y empezó el interrogatorio.

—¿Cómo se considera usted en este caso?

—Con relación al crimen, inocente.

—¿Puede explicarlo mejor, por favor? Los hechos no dicen lo mismo —insistió el fiscal.

—No emita juicios de valor, limítese a hacer su trabajo—dijo la jueza, que era la segunda vez que le llamaba al orden—. Conteste a la

pregunta.

—Soy conocedor del intento de chantaje de la víctima; de los demás datos no puedo decirle nada más.

—Me parece que todos tienen una memoria muy selectiva, le recuerdo que está bajo juramento.

—No hace falta que se lo recuerde a los acusados —la jueza intervino nuevamente.

—¿Desde cuándo conocían a la víctima? —el fiscal siguió su interrogatorio.

—Invertimos una cantidad importante en la compra de la farmacia, por lo que nuestra situación económica era bastante delicada. Por medio de un médico argentino surgió la posibilidad de suministrar estimulantes a un compatriota que jugaba al fútbol. Para nosotros era fácil y nos reportaba importantes beneficios. Tengo que decir que hace años que dejamos de hacerlo —dijo Jordi con la cabeza baja.

—¿Qué tipo de relación mantenían en la actualidad? —insistió el fiscal.

—Cuando regresó a España, hace varios años, empezó a chantajearnos con denunciarnos a la Policía. Nos enviaba mensajes solicitando dinero y no accedimos a su petición. A continuación mi mujer, que es más expeditiva que yo, me dijo que lo arreglaría. De vez en cuando nos visitaba en barcelona. Yo hace tiempo que no lo veía.

—Pasemos a otro punto. ¿Sabe cómo regresó a España?

—No, nunca me lo dijo ni yo se lo pregunté.

—¿Conocía a su tío Andrés?

—No lo creo, pero no sé qué relación puede tener —le extrañó la pregunta.

—Usted conteste a lo que se le pregunta —dijo la jueza.

—Lo formularé de otra manera, ¿en algún momento la víctima le preguntó por su tío?

—Sí recuerdo que en alguna ocasión preguntó por el nombre de mi tío y lo que hacía profesionalmente; yo no le di importancia.

—¿Ve posible que utilizase el contacto de su tío para regresar a España?

—Es posible, pero lo desconozco.

—¿Era conocedor de la relación que tenía su mujer con la víctima?

—No, lo hubiera hablado con ella.

—¿Ella nunca le dijo nada?

—Repito, nunca hablamos de este tema.

—¿Tenía conocimiento de la casa de su tío en Olmedo?

—Sí.

—¿Por qué lo ha ocultado?

—No he ocultado nada, nadie me ha preguntado. El fiscal pasaba de un tema a otro, sin dejarle pensar.

—¿Conocía a Antonio, el portero de la finca?

—Por supuesto, alquilamos el piso por él.

—Volviendo al caso que nos ocupa, ¿cuándo le dijo su mujer lo que había sucedido?

—El mismo día del suceso.

—¿No le extrañó? ¿No le pidió explicaciones?—Me dijo todo lo que había sucedido y lo entendí. No quise insistir, lo estaba pasando muy mal.

—¿Se ofreció a ayudarla?

—Por supuesto, pero ella me dijo que lo solucionaría sola.

—¿Le dijo cómo?

—No —respondió secamente.

—¿Le habló algo de los medicamentos que había utilizado?

—No sé nada. La explicación que ha dado el forense es fidedigna.

—De momento ninguna pregunta más —dijo el fiscal volviendo a su silla.

—¿El abogado defensor quiere preguntar al acusado? —dijo la jueza.

—Sí —dijo dirigiéndose hacia su defendido.

—¿Me puede decir si su mujer había planificado el homicidio?

—Solo sé lo que ella me ha dicho.

—¿Cogió su mujer medicamentos de la farmacia?

—Los dos tenemos autonomía para disponer de lo que necesitemos, por lo que no puedo contestar.

—¿Puede ser que una tercera persona estuviera al corriente de los hechos?

—No me consta.

—Eso es todo, no hay más preguntas.

Habló la jueza. Suspendía la sesión para continuar al día siguiente con el interrogatorio del resto de acusados. Todos se fueron marchando hasta quedar la sala vacía. Lucía aprovechó para irse a comer con sus compañeros al restaurante de la Comisaría, donde estarían más tranquilos y podrían hablar con mayor libertad.

—¿Qué os parece? Me da que no han dicho toda la verdad.

—Yo creo —dijo Alfonso— que el marido conoce más de lo que ha dicho. Tengo muchas dudas sobre la veracidad de sus declaraciones.

—¿Tú qué opinas, Marta?

—Estoy de acuerdo con vosotros, pero hasta que no tengamos la declaración de la principal sospechosa no sé qué pensar. A las 9 de la mañana del día siguiente ya estaba la sala preparada para reanudarse el juicio oral. La jueza tomó asiento y después de ella todos los presentes. Los acusados ocuparon los mismos sitios que el día anterior. Solo difirió Aurora. Estaba más cerca del pasillo pues no tardaría en salir a declarar.

Minutos después la jueza llamó a la acusada Aurora Roig Prat que, previo juramento, ocupó el sillón de los interrogatorios.

El fiscal tomó la palabra y, como al resto de los acusados, le preguntó cómo se consideraba.

—Inocente —respondió tajante.

—Por los informes y hechos contrastados —continuó diciendo— no parece que sea así. Por favor, explique a esta sala su versión de los hechos.

La jueza volvió a recordar al fiscal que no le iba a consentir más las observaciones verbales que estaba realizando. Él pidió perdón y exhortó a la acusada a que contestase.

—Primero quiero exculpar de cualquier hecho a mi tío Andrés. También a mi marido, que no sabía nada ni de mi relación con la víctima ni del uso de los medicamentos. Los cogí yo de la farmacia. Y sí, es cierto todo lo que se ha manifestado en esta sala —tomó aire, hizo un silencio y continuó diciendo—. Efectivamente, Luis nos quería chantajear. Yo le hice desistir durante un tiempo al acceder a tener relaciones sexuales con él, pero recientemente ya no le bastaba con eso y volvió a reclamar dinero. No podía consentirlo porque mi marido se enteraría de nuestra relación, por lo que decidí acabar con la situación. Y vi la posibilidad en la visita a Madrid. Mi intención era asustarle, pero algo salió mal.

—¿Nos puede decir cómo se desarrollaron los hechos?

—Nos citamos en casa de nuestro tío. Yo llegué antes. Para pasar el tiempo estuve leyendo un libro que estaba sobre la mesilla. Tanto me gustó la novela que luego me la compré al llegar barcelona. Llegó y estuvimos hablando un rato. Yo trataba de hacerle entrar en razón, que olvidase el chantaje, ya que había cumplido con todo lo que me había pedido. En un principio le pareció bien pero quiso tener relaciones sexuales por última vez. Yo accedí, pero una vez que acabamos me pidió una cantidad de dinero. Me enfurecí por su falta de palabra, no sabía cómo reaccionar y le propuse que reflexionara.

—Por favor, diga lo que sucedió —el fiscal la interrumpió.

—Fui a la cocina —Aurora continuó hablando— y preparé un cóctel de pastillas que había traído, pero sin intención de utilizarlas.

—Entonces, ¿por qué las llevaba consigo si no quería utilizarlas? —insistió el fiscal.

—Era el último recurso por si todo se torcía, como así fue.

—Continúe narrando los hechos.

—Él seguía desnudo en la cama. Con el pretexto de relajarnos le di un vaso de agua con las pastillas trituradas, en una dosis que yo no consideraba letal. Al poco tiempo empezaron a hacer efecto. Sentía escalofríos y contracciones. Cuando me disponía a llamar al 112 observé que no se movía y pude comprobar que había fallecido. Lo

primero que se me ocurrió fue lavarle; más tarde pensaría cómo desprenderme de él.

—Usted confesó a la Policía que tenía intención de desprenderse del cuerpo por la noche. ¿Nos puede explicar cómo?

Su abogado protestó con un «no tiene por qué contestar a algo que no ha sucedido» y la jueza aceptó la protesta.

—Bien, lo formularé de otra manera. ¿Contaba usted con un cómplice?

Su abogado volvió a protestar. La jueza dijo que no procedía y pidió a la acusada que contestase. Se oyó un murmullo en la sala. La jueza pidió silencio. Aurora permaneció callada hasta que nuevamente la jueza insistió.

—Debe saber que tiene la obligación de contestar a todas las preguntas que se le formulen —insistió.

Aurora se derrumbó y dijo que sí.

—¿Nos puede decir quién es?

Se volvió a quedar callada. Mientras, su abogado protestaba por el acoso que estaba sufriendo su defendida.

—No procede. Por favor, conteste a la pregunta y acabemos de una vez —reiteró la jueza.

—Era Antonio, el portero. Le dije lo que había sucedido. Yo estaba en estado de shock y no sabía qué hacer y como él siempre había sido amable… Se ofreció a ayudarme a cambio de acostarse conmigo. Le dije que no pero él siguió insistiendo y, al final, accedí. No veía otra salida.

—¿Está esa persona en la sala?

—Sí —señaló a Antonio.

—¿Por qué no se deshicieron del cadáver?

—Según él no era conveniente salir. Por la situación del confinamiento y el toque de queda nos descubrirían si salíamos de noche.

—¿Usted se quedó tranquila?

—No, pero lo entendí. Así que asumí lo que había pasado y sus consecuencias.

—Entonces decidió irse a Olmedo con su tío… —preguntó el fiscal.

—Hablé con mi marido. Estábamos superados por la situación. No sabíamos qué hacer pero queríamos mantener fuera de todo esto a nuestro tío. Decidimos que habría que decírselo; íbamos improvisando sobre la marcha.

Aurora se desmoronó y se puso a llorar.

—No hay más preguntas.

El abogado defensor también declinó preguntar. La inspectora flores miró con satisfacción a Alfonso y le susurró «lo sabía» y él contestó «yo también». Aurora abandonó el estrado y miró a Antonio.

—Después de esta declaración —habló la jueza— vamos a hacer un receso en la sesión; quiero hablar en mi despacho con la fiscalía y con los abogados.

—Creo que la situación ha cambiado. Por lo que hemos escuchado, ustedes tienen la última decisión de suspender o continuar el juicio.

Decidieron seguir. Volvieron a la sala y la jueza suspendió la sesión hasta el día siguiente. Antes dio las instrucciones precisas para enviar a Antonio a los calabozos, y que le leyeran sus derechos. Su situación procesal había cambiado.

Ya en la Comisaría, Lucía y su equipo estaban comentando lo sucedido. Sabían que Antonio ocultaba algo pero ni por asomo se les había pasado por la cabeza esa circunstancia.

Durante varios días fueron pasando por la sala los numerosos testigos, tanto de la acusación como de la defensa, así como los implicados en las labores de Instrucción. Desde la farmacéutica amiga de barcelona a la Policía tanto catalana como de Valladolid o los vecinos de la casa. Ninguno aportó nada nuevo ni de importancia, repitiendo cuanto ya habían confesado y constaba en el sumario. La declaración de Antonio, el portero, sería la última, para que le diera tiempo a su abogado a preparar la defensa.

—Llamo a declarar a don Antonio Olmo Sastre —inquirió la jueza.

Prestó juramento y, sensiblemente desmejorado, ocupó el sitio de los interrogatorios.

—¿Conoce a la acusada Aurora Roig Prat? —preguntó el fiscal.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que se vino a vivir su tío a la casa.

—¿Qué relación tenía con ella?

—Ninguna, solo la conocía de cuando venía. Intercambiamos algunas palabras y poco más.

—¿Cómo se enteró de lo que había sucedido en casa de don Andrés?

—Ella me lo dijo, y me pidió ayuda. A cambio me ofreció dinero.

—No es lo que ha declarado la acusada —indicó el fiscal.

—Al principio dije que no, pero insistió; y como no cedía me ofreció tener relaciones sexuales si la ayudaba. Yo estaba embelesado por esa mujer… fuimos a mi casa y consumamos —dijo avergonzado.

—¿Por qué no siguieron adelante con el plan?

—Yo no tenía ningún plan, pero el confinamiento me ayudó para decidir. No podíamos salir, había mucha Policía por la calle y nos cogerían.

—¿Y qué dijo ella?

—Me insultó, me golpeó… Y se marchó a casa con su marido.

—¿Luego volvió a verla?

—Solo cuando pedían comida a domicilio.

—¿Por qué no lo denunció a la Policía?

—No quise que me relacionasen —dijo con voz temblorosa.

—¿Por qué no dijo a la Policía que el sobrino tenía alquilado un piso?

—No me lo preguntaron y supuse que lo sabrían por la relación que le había aportado el presidente de la comunidad. El fiscal matizó las contradicciones entre ambas declaraciones, de Aurora y de Antonio, que ya aclararía más tarde pero, en definitiva, había bastante similitud en los hechos. El fiscal se acercó al estrado de la jueza y solicitó un careo entre ambos y ella, ante esa demanda llamó al abogado defensor para comunicarle la petición del fiscal. Y aunque este no estaba muy de acuerdo, la jueza dictaminó que sí se realizaría. Al momento volvieron a la sala.

—No necesito preguntar más de momento.

—Su turno, abogado defensor —dijo la jueza.

—¿Se siente manipulado por la acusada?

—En cierto modo sí —contestó Antonio—. Estaba totalmente obsesionado con ella.

—¿Sin el confinamiento, usted hubiera consumado el traslado del cadáver?

—No, porque no sabía ni dónde llevarle ni qué hacer.

—Ninguna pregunta más.

—Puesto que no hay más testigos para declarar —tomó la palabra la jueza— doy por finalizado el turno de preguntas.

Al día siguiente en el despacho de la jueza se celebró el careo entre Aurora y Antonio. Los dos se reafirmaron en su declaración anterior aunque, al final, él se derrumbo y confesó que fue él quien la conminó para mantener relaciones sexuales a cambio de su ayuda. La jueza informó de esta declaración al jurado, para que así pudiera tener más base para su veredicto. Ya en la fase final del juicio los abogados expusieron sus conclusiones. El del matrimonio fue desgranando lo que solicitaba para sus defendidos: A Aurora, culpable de homicidio involuntario, falta de colaboración con la Policía y ocultación de datos y pruebas. Y para el marido únicamente los dos últimos. El abogado de Andrés solicitó la libre absolución, ya que como se había demostrado en el juicio no había intervenido en los hechos que se estaban juzgando. Por último, el abogado de Antonio consideró que su cliente había colaborado con la acusada como consecuencia de una enajenación mental, ya que se encontraba obsesionado con la misma.

—El juicio queda visto para sentencia —declaró la jueza.

* * *

Después de dos días la jueza abrió la última sesión del

enjuiciamiento, preguntando al presidente del Tribunal del Jurado si disponían de un veredicto. Respondió afirmativamente, entregándoselo. Ella lo revisó y se lo devolvió.

—Declaramos a don Andrés Pérez Villaseca —comenzó a decir el portavoz del jurado— inocente de todos los cargos—y, sin detenerse, continuó con las resoluciones—. A don Jordi Pérez García, inocente del cargo de homicidio, pero culpable por ocultación del delito y obstrucción a la Justicia. A doña Aurora Roig Prat, culpable de homicidio con atenuantes, y obstrucción a la Justicia. Y a don Antonio Olmo Sastre, inocente del homicidio pero culpable de encubrimiento y obstrucción a la Justicia. Como corolario adujo el porqué de aquellas conclusiones.

—Muchas gracias —dijo la jueza—. Yo, por mi parte, condeno a los acusados al pago de las costas de este juicio. Anunciaré próximamente las penas definitivas. Una vez conocidas las mismas los acusados tienen derecho a apelar a instancias superiores —continuó diciendo—. Se cierra la sesión, a la espera de la calificación jurídica y la sentencia definitivas.

—Nuestro trabajo ha terminado —dijo Lucía poniéndose en pie—. Lo hemos hecho lo mejor que hemos sabido aunque personalmente no me siento satisfecha. Vosotros sacad vuestras propias conclusiones para futuros casos. Sin embargo, formamos un buen equipo. Quiero hacer mención a la sensatez y a la tranquilidad que nos aporta nuestro compañero Alfonso. Nos acordaremos de ti —dijo mirándole— cuando te jubiles. También, gracias Marta y Félix por tanta profesionalidad y dedicación, y que vuestro buen entendimiento continúe por mucho tiempo.

# SEGUNDA PARTE

# XX VIDA NORMAL

Una vez acabado el juicio Andrés, que había quedado libre de todo cargo, decidido a cambiar de casa y de ciudad puso a la venta su vivienda madrileña de la avenida filipinas. No tenía ganas de seguir entre recuerdos desagradables. Con un precio por debajo del mercado pronto logró deshacerse de ella. Se trasladó a la vieja casa familiar de Olmedo para planificar su futuro, aun sabiendo que su destino final estaría en barcelona; no en vano allí había pasado los mejores años de su vida y, además, era donde residía Jordi, su única familia.

Su sobrino continuó haciendo una aparente vida normal y visitando a su esposa, siempre que el sistema penitenciario lo autorizase, primero en la Prisión de Soto del Real y, ante las alegaciones de su abogado basándose en las Reglas Mínimas de las Naciones Unidas para el Tratamiento de los Reclusos de diciembre de 1988, luego en el Centro Penitenciario brians, apenas a cuarenta minutos de su domicilio. El traslado de una cárcel a otra no había sido del todo largo ni difícil pues ante lo sucedido con los condenados del proceso independentista se habían suavizado las condiciones burocráticas para los traslados entre comunidades autónomas.

Aurora fue condenada a doce años de prisión. Un nuevo abogado supo manejar mejor el caso y después de recurrir al Tribunal Supremo se había rebajado la pena de reclusión a ocho, al estimarse la intención de no matar a la víctima. Desde el primer momento entendió que la mejor manera de salir de allí era cooperar al máximo con las autoridades carcelarias, por lo que se apuntó a cursos de reinserción e impartió charlas a las presas sobre drogas y temas farmacológicos. Con el paso del tiempo se hizo respetar por las compañeras de su módulo que no dudaban en solicitarle consejos, manteniendo incluso en la prisión aquella aureola de diosa por su belleza.

Antonio ingresó en la cárcel de Soto del Real. Debía cumplir íntegra su condena de cinco años una vez que fueron desestimados los recursos para atenuarla. Su introversión fue acentuándose llegando a estados leves depresivos por lo que era constante su paso por la sección carcelaria de psiquiatría. Sin comunicarse con el resto de los presos apenas recibía sino la visita de su abogado y, de vez en cuando, la de una mujer joven con la que mantenía los consecuentes vis a vis.

# XXI CARMEN

Habían pasado dos años ya desde el cierre del caso del deportista envenenado. Con la jubilación de Alfonso y con Marta fernández ya inspectora y destinada a badajoz, cerca de su familia, la inspectora Lucía flores había integrado a nuevos miembros en su equipo. Además de Félix, ascendido a Oficial de Policía y mucho más maduro en las lides investigadoras, también Javier, un policía de la escala básica de la promoción siguiente al mencionado, y Carmen, una veterana en el cuerpo policial que había pasado por casi todos los departamentos administrativos aunque, tras diversos procesos selectivos, había recalado en la Policía Científica, un sueño cumplido y que ansiaba desde su ingreso en el cuerpo policial.

La llegada de Carmen fue como una resurrección por su aire fresco y su desinhibición. Exponía lo que pensaba sin tener en cuenta las consecuencias. Así, durante un almuerzo con su grupo y sin cortarse lo más mínimo.

—Lucía, perdona pero… Te conozco desde que llegaste a esta Comisaría. He visto tus progresos y tu dedicación pues, como sabes, por mi mano pasaban todo tipo de informes. He notado que desde hace un tiempo no eres la misma, que te ronda por la cabeza algo…

—No sé por qué lo dices. Me veo como siempre —respondió extrañada.

—Serán cosas de vieja. No lo tomes en consideración.

—Te agradezco tu preocupación. Ya sabes, los más jóvenes vemos las cosas de otra manera, pero está todo bien, muchas gracias.

En la mesa se produjo un silencio cortante. Nadie se atrevía a decir la siguiente frase. fue Javier quien tomó la palabra. Cambiando de tema, y como ya se acercaba el verano, preguntó si ya se sabía algo del turno de vacaciones, pues debía compaginarlas con las de su novia.

—No te preocupes —dijo Lucía—. ¿Cuándo las quieres? Trataremos de que todos disfrutemos el periodo que deseemos. Ya sabéis que al menos debemos estar siempre dos personas de nuestro equipo. Por lo demás, ningún problema.

Acabada la comida todos salieron hacia sus mesas de trabajo, menos Carmen a la que Lucía pidió que la acompañase.

—No dejo de pensar en lo que has dicho durante la comida y puede que tengas razón. No me siento bien y todo viene desde el caso del envenenamiento. Presiento que algo se nos escapó. Ya sé que las pruebas y los interrogatorios durante el juicio parecieron dar punto y final al expediente pero, como dijo Alfonso antes de jubilarse, este caso no está cerrado, hay demasiadas incongruencias y eso siempre da que pensar. He hablado de este tema con el comisario y siempre me

ha dicho que me olvide, que debemos centrarnos en el presente; pero que se le informe si encuentro alguna pista. No tendría inconveniente en reabrir el expediente. He pensado que podías dedicar un tiempo a repasar ese sumario. Tú mejor que nadie, porque no participaste en él, puedes encontrar algo por donde seguir.

Carmen no supo qué decir. Le encomendaban una primera misión y estaba dispuesta a todo por complacer a su inspectora. No podía fallarla.

—De acuerdo, lo solicitaré al Archivo.

—Gracias, Carmen, no sabes cómo te lo agradezco. Si tienes cualquier duda habla conmigo o con Félix, seguro que te podremos ayudar.

Carmen salió del despacho con una cara de satisfacción que no pasó desapercibida entre sus compañeros.

—¿Te han ascendido? —preguntó Félix.

—Mejor que eso; ya os contaré.

* * *

Andrés había alquilado un piso cerca de donde vivía su sobrino. Solían verse a menudo para almorzar e incluso en alguna ocasión le había acompañado a la cárcel para visitar a Aurora.

Al mes de estar en Cataluña, y sabiendo que algunos de sus viejos amigos y conocidos todavía trabajaban entre la Autoridad Portuaria de barcelona, decidió hacerlos una visita. fue recibido con agrado pues aunque quedaban pocas personas de cuando él trabajaba allí como ingeniero naval y agente marítimo para la zona de América Latina, la mayoría de los que ahora estaban habían oído hablar de él. Le acogieron en el grupo para reunirse a comer cada quince días o para salir a pescar. Él se había recompuesto anímicamente después de todo lo sucedido aunque, por supuesto, a nadie contó la implicación familiar, a pesar de que al haber sido un caso tan mediático todos conocían algo del mismo.

Con quien conectó mejor fue con Carmelo. De la edad de su sobrino, tenía un cargo de representación en el Consejo de administración del Port de barcelona. Confraternizaron desde el primer día y no dejaba de preguntarle curiosidades de cuando todavía trabajaba, así como cuáles eran sus cometidos y cómo podía solucionar los problemas diarios sin los medios informáticos actuales. Poco a poco se interesó por otras cuestiones más particulares. Andrés, aunque remiso a revelar otro tipo de información que se saliese de lo estrictamente laboral, con el paso del tiempo empezó a contarle cosas personales, entre ellas la existencia de su sobrino y por qué había regresado a barcelona después de tantos años.

Cierto día tío y sobrino se encontraban almorzando en un

restaurante cercano a la Zona de Actividades Logísticas cuando apareció Carmelo. Andrés le presentó como «un funcionario del Puerto al que he conocido por las visitas a los antiguos compañeros. Desde el primer día me ha ayudado a integrarme en el grupo». A Jordi no le dio buena impresión.

# XXII CÁDIZ

A pesar de que restaban dos jornadas para que acabase La Liga en Segunda División y con la pandemia sin remitir José, conocido como el Picha, y su amigo del alma Cesáreo, que con la guasa gaditana era conocido por el Emperador, como el romano César, se pusieron la camiseta amarilla descolorida de su Cadi y se sumaron a la multitud que desde Puerta de Tierra se dirigía al Ramón de Carranza. Las autoridades habían recomendado no reunirse más de diez personas pues a pesar de que la pandemia había remitido todavía no se hacía vida social normal a mitad de julio. Pero como Cádiz es Cádiz nadie hizo el más mínimo caso y más de dos mil personas se congregaron para celebrar el séptimo ascenso a Primera División del Cádiz Club de fútbol después de diez años intentándolo. Por supuesto, sin mascarillas y sin ninguna protección contra el maldito virus. Mientras las botellas de cerveza pasaban de boca en boca y los saltos y abrazos entre los aficionados cadistas eran constantes, los dos amigos se prepararon un peta. Después de las primeras caladas desapareció entre la multitud, aunque a ellos también les llegaban de vez en cuando otros que no dudaban en aspirar. Un desastre sanitario pero una juerga total.

José y Cesáreo se conocían desde pequeños. Vecinos del barrio del Pópulo juntos fueron a la escuela, juntos hicieron las primeras gayolas y juntos fumaron los primeros cigarros. El padre del *Picha* era empleado del Ayuntamiento local. Con una familia estructurada su hermana mayor era quien le tapaba las demasiado numerosas travesuras adolescentes. Cesáreo no había tenido tanta suerte. Residía con su madre en un bajo y pasaban serias dificultades para poder vivir. Esta trabajaba limpiando casas por horas o, muy de vez en cuando, en los servicios sociales del Ayuntamiento. El padre les había abandonado siendo él muy niño y, como las desgracias nunca vienen solas, un invierno de mucha lluvia la casa se llenó de humedades y al poco tiempo la madre falleció de una neumonía mal curada. Cesáreo se quedó solo con apenas quince años y los servicios sociales de la Junta de Andalucía se hicieron cargo de él hasta su mayoría de edad.

Su amigo José, *el Picha,* nunca le abandonó. Juntos comenzaron a trapichear con hachís, al principio para consumo propio en las juegas de adolescentes que se montaban en la playa de La Caleta al caer la noche y cuando ya se habían retirado los últimos bañistas, con una Policía Local bastante permisiva desde que el Ayuntamiento estaba gobernado por los populistas. Más tarde contactaron con un famoso personaje televisivo. Había montado un bar en la Plaza de San francisco y tras relacionarse con vividores y traficantes, uno de ellos le propuso entrar en el negocio del tráfico de hachís como almacenista. Y amparándose en su negocio nadie sospecharía de que en el reparto de

bebidas se camuflaban fardos de droga. En esa tesitura *el Picha* y *el Emperador* empezaron a distribuir a pequeña escala dispuestos a todo con tal de conseguir dinero fácil.

# XXIII LAS CARPETAS

A primera hora de la mañana Carmen se presentó en el despacho de Lucía flores. Empujaba un carrito metálico de servicio con una voluminosa documentación. Había carpetas de todo tipo con expedientes de folios marcados con post-it de distintos colores… La inspectora se quedó de piedra.

—Bien, ¿qué es todo esto? Solo de verlo me dan mareos.

—El trabajo que me encomendaste. El sumario del deportista envenenado.

—¡Uf…! ¡Qué cantidad de papeles!

—Es mi primer trabajo y quería hacerlo bien.

—Estupendo, pero no querrás que me lea todo eso. Por favor, resume lo más importante y, sobre todo, las conclusiones a las que hayas llegado.

—Verás… creo que tanto el tío Andrés y como el marido de la condenada sabían más de lo que se ha podido demostrar, y también que el portero Antonio no ha contado todo lo que sabía.

—¿Por qué has llegado a esa conclusión? ¿Hay pruebas?

—Durante el juicio el abogado defensor siempre dirigió sus preguntas para hacer creer que la asesina había actuado sola y que fue algo involuntario.

—Eso es verdad; me di cuenta pero no encontré una razón lógica.

—También la víctima me ha llamado la atención. He observado que no se ha investigado lo suficiente. Cierto que se han dado por buenas las declaraciones de los imputados, por lo que he revisado la hemeroteca haciendo hincapié en los periódicos locales de la zona donde trabajaba y, sobre todo, en la prensa deportiva. He visto fotografías de cuando se le fichó como entrenador. Al principio no aprecié nada especial. Aparece en numerosas fotografías con la camiseta del equipo, haciendo declaraciones…, pero mirándolas más detenidamente y haciendo uso del zoom en una de ellas se observa al fondo a un grupo de personas. Para mi sorpresa en una se ve a tres personas juntas, una mayor y otras dos más jóvenes, dos hombres y una mujer. Al principio me costó identificarlas pero observándola mejor llegué a la conclusión de que eran la mujer condenada y su marido, así como el tío de este. Por eso he deducido que mintieron en el juicio o no dijeron toda la verdad.

Lucía se quedo perpleja, no sabía qué decir.

—¿Has descubierto algo más o esto es todo?

—También he analizado vuestras investigaciones, por cierto impecables, y las declaraciones de los vecinos. Todas son familias normales pero me centré en unos que, según el portero, nunca estaban en casa. No lo vi normal. Investigando sus nombres, por la relación

que teníais de los inquilinos, me llevé una sorpresa mayúscula pues tienen antecedentes por tráfico de estupefacientes. Han sido interrogados en varias ocasiones sin que se les haya podido acusar de nada. Sí sé que han dejado la casa y actualmente están ilocalizables. ¿No te resulta extraño que hayan desaparecido justo después de todo el asunto?

—¡No sigas, Carmen, que me estás haciendo parecer una novata! Supongo que eso será todo o ¿hay algo más?

—Sí. He investigado al portero. Un tipo tan sumiso e incluso algo tonto en apariencia. Pues tiene un patrimonio importante de inmuebles tanto en Madrid como en la costa gaditana a través de una sociedad en la que él es el único propietario.

—¡Por favor, detente de una vez!

—Ya he acabado; siento haberte hecho pasar un mal rato.

—¡Muchas gracias; has hecho un trabajo excelente! Déjame todos esos papeles. Debo analizar todo lo que me has contado. ¡buen trabajo, Sherlock Holmes!

# XXIV EL FÚTBOL DE PRIMERA

Los dos amigos seguían con sus vidas, aunque algo sí había cambiado pues vestían ropa de marca con zapatillas Nike de último modelo. Se sabían guapos con un corte de pelo última tendencia con look beckham y gastaban colonia Invictus de Paco Rabanne. Incluso habían sustituido la vieja camiseta del Cádiz por la última de la temporada siguiente, una muy chula Polis Shirt Yel/Roy de la tienda del club. Y expertos en fullerías y ya sin el aspecto de chuchuríos incluso habían cambiado el domicilio en El Pópulo por un chalet con servicio doméstico en Sancti Petri, donde eran habituales las fiestas rave y las juergas regadas con Moët&Chandon.

La temporada futbolística se inició de la mejor manera, con fichajes de relumbrón empezando por el entrenador francisco Narváez, *Kiko*, y una primera alineación compuesta por Ledesma, fali, David Luiz, Sergio Ramos, Semedo, busquets, Salvi, Koke, Verratti, Messi y Lewandoswki. Para más inri el primer partido fue en el bernabéu con resultado de 0-5. Al día siguiente todos los periódicos y televisiones no hablaban de otra cosa sino del «milagro del Cádiz». Nadie explicaba cómo el club había podido reunir a tal cantidad de jugadores. Se hablaba de que detrás había alguien que ponía el dinero. Con esa plantilla en la décima jornada el Cádiz Club de fútbol iba segundo en la clasificación y solo había perdido contra el Atlético de Madrid.

Siempre que podían *el Picha* y *el Emperador* se desplazaban con el equipo y allí donde fuese estaban ellos, al principio por su cuenta y, posteriormente, en la misma expedición del equipo.

No le extrañó a nadie. Se les sabía dos buenos hinchas, dos *quillos* conocedores de la plantilla y de los técnicos… Lo que ellos no sabían era que todo formaba parte de un plan perfectamente organizado.

# XXV VOLVER A EMPEZAR

Lucía reunió a todo su equipo; no había tiempo que perder. Con cara de pocos amigos sabían que no presagiaba nada bueno aquel silencio que cortaba la sala de reuniones. Empezó diciendo «como veis estoy decepcionada y no es con vosotros sino conmigo por no haber hecho bien mi trabajo. Hace unos días pedí a Carmen que analizase minuciosamente todo el sumario del caso del deportista envenenado y ayer me entregó sus conclusiones. Lo primero es felicitarla por su trabajo de sabueso, y lo segundo… que como yo presentía había algo que se nos había escapado. Ya no es cuestión de reproches ni de flagelaciones pero ha llegado el momento de acabar con este caso por lo que a partir de ahora esto es prioritario. Ya he hablado con el comisario y está de acuerdo».

Se levantó de su sillón y entregó a cada uno un dossier que contenía un resumen de las conclusiones, extraídas del informe de Carmen.

—Os ruego, no exijo, que lo leáis detenidamente y esta tarde nos volveremos a ver para que me digáis vuestro análisis y conclusiones. Y, por supuesto, ideas para resolver el caso. Como Javier no participó le será más fácil abstraerse para razonarlo. A ti, Félix, no tengo nada que decirte; solo que nos sirva de experiencia y nos haga mejores policías en un futuro.

Salieron del despacho sin decir nada. Cuando se encontró sola cogió el teléfono y llamó al inspector Esteban Ruiz, visto que el caso podría tener parte de la investigación en barcelona.

—Buenos días, soy la inspectora Lucía…

No hizo falta que siguiera; el inspector Ruiz la conoció al instante.

—En qué puedo ayudarte, compañera.

—Te informo de primera mano que se ha reabierto el caso del deportista envenenado en Madrid.

—No me extraña nada.

—¿Y eso?

—No quise meterme en vuestra investigación pero a mí nunca me pareció que la resolución del mismo fuera tan sencilla. De ello lo hablé con vuestro compañero Alfonso, el del Atleti, y a él tampoco le daba buenas vibraciones.

—Algo me dijo antes de jubilarse. ¿Me puedes decir tu impresión del caso?

—Lucía, ahora seré sincera contigo. Nosotros no lo abandonamos; esperaba tener resultados antes de decirte nada.

—Por favor, Esteban, dime qué habéis averiguado.

—Está bien. Desde hace un tiempo el Puerto de barcelona se ha convertido en el principal receptor de droga procedente de

Sudamérica. No sabemos cómo lo hacen… Lo que te voy a decir es sumamente confidencial; no puede saberlo nadie, ni siquiera tu jefe. Tenemos infiltrado a un policía en la gestión del Puerto. No sabemos quién la mueve pero debe ser alguien con muchos contactos. Hemos detenido a pequeños distribuidores, pero no hemos conseguido averiguar nada relevante.

Es todo cuanto sabían. Habían trabajado en esa dirección pero siempre se encontraban con un muro de silencio imposible de traspasar. Ella, a continuación, le habló del motivo de su llamada, que no era otro sino que habían reabierto el caso tras averiguar que existía una relación entre la víctima y las personas acusadas de homicidio; y no solo la mujer sino también del tío.

—Cómo sabéis ese dato —preguntó Ruiz.

—Mandé a una persona de mi equipo, incorporada recientemente, a que analizase el caso desde el principio y encontró una fotografía en un periódico local, la del día de la presentación de la víctima como entrenador. En esa fotografía se ve a Jordi, Aurora y Andrés. O sea, hay un vínculo; todos se conocían. Y no como se dijo durante el juicio.

—Esa información me será gran ayuda. Ya te diré por qué más adelante —añadió él.

—¿Me puedes avanzar un poquito, compañero?

—Ya te lo diré en su momento; no seas impaciente.

—Está bien… Sigo contándote qué hemos averiguado. El portero, que solo fue condenado por obstrucción a la Justicia, está forrado tanto de dinero como de inmuebles. No sabemos qué relación puede tener con el caso. Y, por último, dos de los inquilinos del vecindario se encuentran en paradero desconocido y con antecedentes por tráfico de estupefacientes.

—¡Joder, Lucía, me parece que estamos ante un caso de los gordos!

—Así es —añadió ella, despidiéndose con un saludo y un hasta pronto.

—Estamos en contacto, otro para ti.

# XXVI LA DOLCE VITA

Estando en la zona de embarque VIP esperando el avión que les llevaría a barcelona se les acercó una mujer y le entregó un maletín al Emperador. Apenas se cruzaron sino una leve mirada mientras ella dijo con voz susurrante «De parte de Arturo. Allí otra chica. Dáselo a ella». Eso fue todo. No hicieron ninguna pregunta. Al rato subían a bordo.

El puente aéreo trascurrió como cualquier otro. No faltaron los chistes sobre gaditanos que José, *el Picha,* contaba habitualmente; unidos a los de *Kiko*, el entrenador, llevaron a la plantilla al éxtasis del carcajeo durante gran parte del trayecto. Tras el aterrizaje José cogió el maletín del compartimento sobre los asientos para disponerse a salir antes que el resto de la expedición. A su paso ante *Kiko* este le dijo «¿Vas a la escuela?», y los dos rieron.

En la zona de llegadas, una vez pasado el control de pasaportes, entre los agentes de viajes y familiares le saludó una mujer con un ligero movimiento de cabeza y, sin mediar palabra alguna, recibió el maletín. Luego se perdió de inmediato entre los viajeros mientras los dos gaditanos se miraron cómplices y se integraban al grupo de los futbolistas.

—¿Y si se lo hemos dado a otra persona? —dijo *el Em perador*.

—¡Qué carajote, coño! No es tema nuestro —respondió *el Picha*.

Accedieron al autobús junto al resto de la expedición y se dirigieron hacia el hotel restando importancia al intercambio, del que no volvieron a acordarse. Tras el check-in en recepción se dirigieron a su habitación de camas dobles. Al rato, ya con la nueva la camiseta del club, *el Emperador* tecleaba en su Smartphone «guachisnais, ya estamos aquí» en el hilo Twitter @Cadistasbcn, de la Peña 'Cadistas en barcelona'. «¡Qué bastinazo. Somos los putos amos», dijo José al rato, mientras se asomaba hacia toda la mediterranía catalana desde el W Lounge Vela con un cóctel Red berry fizz en la mano.

Volvieron al hotel W barcelona un tanto fumados y borrachos pasadas las tres de la madrugada. Al ser tipos precavidos, mientras avisaban al Uber para regresar también pusieron un *WhatsApp* a Girls bCN.

Al apearse, a la puerta ya aguardaban las scorts Mishelle y Katarina, que se anunciaban como kinesiólogas.

—Buenas noches, señoritas —dijo *el Emperador*—. ¿Esperáis a alguien?

—A vosotros… —respondieron al unísono resaltando sus sonrisas seductoras y unas lencerías extremadamente femeninas.

—Pues ya hemos llegado. Creo que estaremos más cómodos en nuestras habitaciones. ¿Disponéis de una hora para hablar más

tranquilitos?

Atravesaron un inmenso hall y se dirigieron hacia los ascensores. Al pasar junto al mostrador de recepción el portero de noche guiñó un ojo, siendo correspondido por las chicas.

Sin perder tiempo se desnudaron y los cuatro se dirigieron hacia el jacuzzi. Exhaustos de tanto jolgorio por algunos lupanares de La Rambla junto a media docena de miembros de la Peña Cadista, con apenas cuatro movimientos de manos y de lengua de ellas quedaron exhaustos y dormidos como dos inocentes angelitos.

Cuando sonó el despertador del móvil de José, con tiempo suficiente para darse una ducha muy fría, tomarse un lunch en la habitación e irse al Camp Nou con la equipación amarilla, encontraron sobre la mesilla de noche una tarjeta de visita con unos labios rojos estampados y, al lado, el recibo de un pago de mil euros con tarjeta de crédito.

El partido, justo a la hora del Ángelus, tuvo el buen resultado de 0-3, a favor del Cádiz visitante, con un último gol de Messi en el minuto de descuento.

* * *

En uno de los exclusivos palcos Vip ‘Noes Llotges’, en la zona alta de la tribuna principal, con terraza exterior hacia la demarcación del área grande, disfrutaron de unos asientos Platinum y de un servicio de catering ininterrumpido durante todo el juego junto a una docena de invitados que apenas miraron hacia el campo ni a las enormes pantallas de plasma sino hacia las piernas estilizadas de las azafatas que les servían con un estilo sofisticado.

Salieron eufóricos. Dispuestos para coger el taxi la chica que les recibió en el aeropuerto se acercó a José con otro maletín, dándole las mismas instrucciones. No se detuvieron apenas en el hotel. Recogieron sus maletas de mano, entregaron la tarjeta de la habitación en la recepción y esperaron a que la expedición se pusiera en marcha para coger el vuelo vespertino que los llevaría al Aeropuerto Internacional de Jerez.

# XXVII VUELTA A LA CASA DE LOS RICOS

En la mañana del lunes Lucía, acompañada por todo su equipo, se dirigió a la conocida como La casa de los ricos.

En el exterior nada había cambiado. El nuevo portero de la finca se sorprendió al ver aparecer dos coches Z. Después de identificarse le hablaron del suceso acaecido allí tiempo atrás, que él conocía.

—Llame al presidente de la comunidad, por favor.

El portero le reclamó a través del telefonillo y un cuarto de hora después se presentó en el portal.

—¿Es usted el presidente? —preguntó la inspectora.

—Sí, desde hace un mes —contestó nervioso.

—Queremos hablar con el anterior. Creo recordar que se llamaba Manuel. Usted puede irse a su casa.

—Ahora le aviso.

Al poco se presentó con aspecto sorprendido.

—Supongo que nos recuerda. No hace mucho tiempo estuvimos bastante por aquí —dijo la inspectora.

—¡Cómo no me voy a acordar! No dejo de dar vueltas a la cabeza con todas las cosas que sucedieron.

—Hemos vuelto porque el caso ha sido reabierto. Esperamos que ahora todo el mundo diga lo que sabe.

—Yo, yo… Dije todo lo que sabía —balbuceó.

—Suponemos que sí, pero necesitamos hacer unas nuevas averiguaciones. ¿Dónde podemos hablar todos juntos y más tranquilos? —miró hacia el grupo—. Sí, que el portero también nos acompañe; tal vez nos pueda ayudar.

—Si quieren podemos ir a mi casa, en la tercera planta. Mi esposa ya se ha ido a trabajar. Estaba solo en casa. Mi empresa ha hecho un ERTE y no sé cuándo volveré a incorporarme.

—Está bien, iremos andando.

La inspectora Lucía flores quería indicarles a los nuevos del grupo la situación del piso. Mientras subían fue exponiéndoles los pormenores del caso. Al llegar al descansillo de la segunda planta salió como una exhalación la vecina cotilla.

—Buenos días —supongo que nos recordará.

—Por supuesto…

—Quizás nos pueda decir algo que no sepamos. Usted suele estar al tanto de lo que sucede en cada momento —la inspectora le sonreía.

—Todo lo que sabía ya se lo dije tanto a ustedes como durante el juicio.

—Por supuesto, no dudamos de su palabra; pero quizás recuerde alguna cosa más.

—¿Es que la sobrina no era la asesina? —preguntó.

—Sí, pero ¿…algo del sobrino de don Andrés?

—Yo no sabía que eran sus sobrinos. No sé si dije que me extrañaba bastante que siempre estuvieran en su casa. No salían nunca. Es verdad que antes pasaban por la casa del señor Andrés. Ahora lo entiendo. No le daba importancia; pensaba que se conocían de algo. Ah, y era muy raro que siembre subiesen por las escaleras, incluso con las maletas. Me extrañaba mucho que no utilizasen el ascensor.

—¿Algo más que recuerde?

—No sé. Siempre les acompañaba Antonio. Era muy servicial.

—Está bien —Lucía le entregó su tarjeta de visita—. Trate de recordar cualquier otra cosa por insignificante que sea.

Al pasar ante el piso donde se cometió el delito Lucía lo indicó con la mano. En la casa del presidente, este los acompañó hacia el salón y se dispusieron alrededor de los sofás esperando que la inspectora tomase la palabra, aunque se anticipó Carmen.

—Me extraña que en una comunidad tan pequeña, y siendo usted el presidente, no supiera más de lo contó —dirigió sus palabras hacia Manuel.

Los policías se miraron entre sí con extrañeza; no esperaban aquella pregunta a bocajarro y menos de su boca. Lucía la tocó en un brazo en señal de asentimiento pero conminándola al silencio pues ella llevaría el interrogatorio.

—Empecemos… ¿Estaba presente cuando desalojaron el piso del señor Andrés?

—Bueno, aquí quizás sea José, el portero, quien les pueda contestar mejor, pues yo en aquella época estaba trabajando.

—Está bien… ¿Qué nos puede decir, José?

—A simple vista no observé nada especial. No se llevaron los muebles de la vivienda. Vi que sacaron bastantes maletas, supongo que con ropa y libros, y bastantes cuadros. Pero ahora que lo dice, sí sé que volvió al poco rato de marcharse, y recogió un maletín. Me dijo «se me había olvidado» y se fue. Por lo demás, no he vuelto a saber nada. Días después vinieron los nuevos propietarios. Gente normal.

—¿De qué color era el maletín?

—Quiero recordar que negro y bastante grande.

—¿Los nuevos propietarios han hecho alguna observación con relación a la casa?

Ahora fue el presidente quien intervino.

—Me preguntaron por el anterior propietario y si sabía a qué se dedicaba, pues les extrañaba una de las paredes con un color de pintura distinto. Les contesté lo que sabía pero no supe dar más explicaciones —se quedó callado y segundos después continuó hablando—. Unos días antes de marcharse vinieron unos operarios y

estuvieron trabajando toda la mañana. A lo mejor estaban arreglando la casa para que tuviera mejor apariencia.

—¿Recuerda qué aspecto tenían?

—Eran dos tipos normales con acento extranjero. Vinieron preparados con todo lo necesario, pues no salieron en ningún momento hasta que se fueron.

—¿Está ocupada ahora la vivienda del portero?

—Sí, claro; por José —contestó Manuel.

—Nos puede decir, José… ¿En qué estado se la encontró y si observó algo extraño?

—Prácticamente está igual. Al ser de la comunidad tanto muebles como electrodomésticos y demás enseres son los mismos. Antonio no se llevó nada; solo sus objetos personales y algo de ropa. Lo que dejó está almacenado, por si nos las reclama, en unas cajas en el cuarto de la limpieza.

—Si no le importa quisiéramos examinar su contenido.

—Por nosotros no hay problema.

—Félix y Javier —indicó a sus compañeros— que os acompañe el portero. Examinad a fondo todo, por muy pequeño que sea. Nosotros seguiremos aquí.

—¿Qué me puede decir de los inquilinos que estaban en alquiler?

—Poca cosa; no tuvimos nunca ningún problema. Sí es verdad que se los veía poco. Yo pensaba que eran de esas parejas que se pasan el día trabajando. Hasta hace nada, según me ha dicho José, han venido algunas personas preguntando por ellos; pero eso es todo.

—¿Sabe si cuando se marcharon se llevaron muchas cosas?

—Fíjese qué casualidad… El día que se fueron se despidieron de mí en el portal. Solo se llevaban sus ordenadores portátiles. Los muebles eran de la casa. Me dijeron adiós y se marcharon. El piso se ha vuelto a alquilar a una familia con un hijo pequeño. Salen y entran como cualquier familia.

—¿Puede describir el aspecto de las personas que preguntaron por ellos?

—Eso lo sabrá mejor José, que es quien los recibía.

En ese momento José y los policías volvían de la inspección y formuló de nuevo la pregunta, ahora al portero.

—No recuerdo exactamente cuántas habrán sido; por lo menos unas diez. Siempre eran jóvenes y bien vestidos, tanto mujeres como hombres.

—¿No les preguntó nada?

—No; pero sí insistían en que les dijera dónde se habían ido.

La inspectora hizo un guiño y todo el equipo policial se dispuso para marcharse. Luego, les entregó una tarjeta suya tanto al presidente de la comunidad como al portero, con la orden de que si alguien

preguntaba ellos los llamasen con urgencia.

Se volvieron en silencio hacia la Comisaría. Parecían confusos. ¡Qué caso más complejo! Estaba claro que no lo habían solucionado correctamente.

# XXVIII EL TAXI

La expedición llegó al aeropuerto de Jerez al caer la tarde. José y Cesáreo fueron los últimos en bajarse del avión una vez que ya se había apeado todo el equipo, lo que hizo impacientarse a una señorita que les esperaba en el punto de información turística. Tras el sobresalto primero, qué satisfacción al verlos caminar hacia ella por las instalaciones de La Parra, cada uno haciendo rodar su maleta y confundiéndose entre el más de un centenar de pasajeros alemanes de otro vuelo procedente de la capital bávara.

*El Emperador* tecleaba en su smartphone, abstraído de cuanto sucedía a su alrededor en la zona de tránsito, cuando en un santiamén José intercambió el maletín por un periódico doblado que le dio ella. No se dijeron nada, aunque la escucharon decir «nos veremos en el próximo desplazamiento» cuando se perdía entre la multitud. Luego, salieron decididos hacia la zona de soportales exteriores del edificio, cogiendo el primero de una fila de taxis aparcado enfrente, junto al paso de cebra.

El taxista les metió las maletas en el portaequipajes y los dos se acomodaron en los asientos traseros del vehículo.

—Buenas tardes, amigos. ¿Dónde les llevo?

—¡A Cádiz! ¡A la plaza del Ayuntamiento! —respondió José.

Mientras cogían la A-4 para hacer aquel trayecto de media hora, José y Cesáreo comenzaron a charlar eufóricos y rebosantes de alegría sobre el partido, las chicas de la noche anterior y el ambiente barcelonés. Cuando pasaban por la circunvalación de Puerto Real, apenas a diez kilómetros del destino, comenzaron a cuchichear «que sí, quillo, aquí dentro del periódico, ¿cuánto? ¿Lo repartimos o lo dejamos con lo otro? ¿Nos sobra algo para el siguiente viaje?... Ja, ja, ja». Al rato se detenían en el empedrado unidireccional de la calle Pelota, al lado de la plaza de San Juan de Dios.

—Hasta aquí, caballeros, que luego es peatonal. Son sesenta euros.

José buscó en su cartera y le entregó dos billetes de cincuenta al tiempo que decía «¡ozú, quédate con la vuelta!».

Haciendo rodar sus maletas caminaron hacia el Arco del Pópulo. Cuando los vio perderse por las callejuelas el conductor sintió un estremecimiento al escuchar en el radioteléfono, desde una frecuencia diferente a servitaxi, «¡buen trabajo, compañero! ¡Tenemos todas las imágenes y hemos conseguido grabar la conversación de estos mamones!». Esa noche este policía camuflado podría dormir a gusto. Y mientras se dirigía hacia la Comisaría se puso a silbar, a ritmo de comparsa, una de las habaneras cantadas por Carlos Cano.

# XXIX EL ESTRECHO

El comisario Juan Valera, experto en operaciones de narcotráfico y mafias, había desarrollado toda su carrera en el Campo de Gibraltar y sabía que no debía precipitarse. Después de numerosas averiguaciones sobre una célula del narco era el momento de atar cabos en la estructura de blanqueo de capitales.

Con el apoyo de la ORGA, la Oficina de Recuperación y Gestión de Activos, y de numerosas secciones del Ministerio de Justicia y de la fiscalía Antidroga, a través de seguimientos, escuchas telefónicas y exámenes de mensajes encriptados había ido desentrañando el *modus operandi*, el aparato logístico del narcotráfico y una maraña de confidentes, testaferros y de eficientes bufetes de abogados expertos en actividades ilícitas, sobornos y en operaciones financieras para el blanqueo de capitales.

Conocía la estructura jerárquica y las redes utilizadas desde el primero al último delincuente de la maquiavélica tela de araña mafiosa. Ahora, con la intercepción de la actividad de esos dos jóvenes gaditanos, y su vínculo con las mujeres de los maletines, se abrían nuevas esperanzas en su línea de investigación.

Era el momento de atar cabos. El comisario Valera ordenó a su equipo adentrarse en todas y cada una de las actividades de las personas fichadas empezando por abajo, por José y Cesáreo, viejos conocidos desde sus tiempos de trapicheo, unos pobres bobos que habían ascendido a recaderos en el escalafón criminal. Este último viaje a barcelona los vinculó a las dos mujeres, una sin ficha policial y la otra fichada y con su último domicilio conocido en Madrid.

* * *

—¿Hablo con la inspectora Lucía flores?

—Sí… ¿Quién llama?

—Buenos días, soy el comisario Valera, de la brigada Provincial de Cádiz.

—¡Buenos días, compañero! ¿En qué puedo ayudarte?

Los programas VeriPol y Ucrif Central habían cruzado sus datos y en las funciones de inteligencia y planificación de la información de carácter policial un pequeño detalle vinculaba el narcotráfico del Estrecho con el caso del deportista envenenado. La inspectora flores escuchó el resumen sin salir de su asombro. Mientras el comisario hablaba accedió a los programas informáticos policiales.

—Estamos inmersos en una investigación —continuó él— y el último domicilio conocido de una de las investigadas aparece en la avenida filipinas, 16 piso 1º letra b. Es una coincidencia aparentemente sin interés, aunque curiosa. Ella casi se cae de su

sillón. ¡Qué casualidad!

—¿Estás ahí, Lucía? —dijo él ante tan incómodo silencio.

—Sí; hace días reabrimos el caso del deportista envenenado por una farmacéutica.

—Supuse que ya estaría bien cerrado.—Eso mismo creíamos nosotros, pero pruebas posteriores han asociado a dos de los investigados que quedaron libres…

—¿Tú crees que puede tener alguna conexión?

—¡Uf, compañero! ¡Es posible! Ya sabes que cuando el demonio no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas. Quizás sea el eslabón que estábamos buscando. Nos ponemos a ello y te informaré si encontramos algo. ¡Ah, también descubrimos que el antiguo portero de la finca posee un importante patrimonio de inmuebles en la costa gaditana!

Ahora fue él quien se quedó estupefacto.

—¡Caray…! ¡Con un poco de suerte…! Muy bien; espero tus noticias. Mientras, nosotros seguiremos tirando del hilo con nuestras pesquisas. Muchas gracias, inspectora. Espero que podamos vernos pronto.

—A ver si es verdad —suspiró antes de colgar el teléfono con energía.

Al rato, con todo su equipo reunido, resumió la conversación telefónica y mostró la imagen de la mujer asociada al narcotráfico. Ninguno la reconoció.

—Nos abre otra línea en la investigación… No sé a vosotros, pero todo esto no deja de sorprenderme. Me da la impresión de que en esta historia nada es lo que parece.

—Félix, acompáñame… —dijo nerviosa y sobreexcitada—. Imprime la foto de la mujer. Coge una copia y envía otra a Narcotráfico. Nos vamos a la avenida filipinas. Y vosotros —miró hacia el equipo— tratad de averiguar las relaciones entre los investigados, las cuentas bancarias, lo que sea.

* * *

Cuando el portero de la finca los vio llegar se puso muy nervioso. Tras saludarlo le conminaron a llamar al anterior presidente de la comunidad de vecinos, que estaba ante ellos minutos después.

—Os vamos a enseñar unas fotografías. Queremos que nos digáis si los reconocéis.

Manuel las observó y al instante reconoció a una de ellas. Sí, se trataba de la anterior inquilina del 1º b. La otra, sin embargo, no le sonaba de nada. A continuación fue José quien las miró. Y aunque a primera vista no reconoció a ninguna, observando con detenimiento dijo estar casi seguro de que era una de las personas que habían

estado preguntando por los anteriores inquilinos.

—¿Está seguro?

—Completamente. Una chica muy educada y atractiva. Vino sola.

La inspectora se mantuvo en silencio. Se trataba de la mujer sin identificar. Sí; sí había un nexo entre ambos casos. Dieron por terminada la visita y montándose en el coche Z regresaron a la Comisaría. Lucía flores estaba de muy mal humor.

—¿Qué opinas, Félix?

—Jefa, no sé qué decir. El caso no me deja dormir.

—Si te soy sincera… Creo que entonces no hicimos un buen trabajo.

—Soy de la misma opinión.

—Trataremos de averiguar todo hasta sus últimas consecuencias.

# XXX SIN MARCHA ATRÁS

El comisario Valera hizo llamar a los dos amigos gaditanos. No les extrañó pues conocían las dependencias policiales de entrar y salir con frecuencia.

—¡Qué!, ¿cómo va el Cádiz? —preguntó intentando romper el hielo.

—Supongo que no nos habrá hecho venir para preguntarnos por el fútbol —dijo José.

—No te pongas así, hombre. Hace tiempo que no os veía y tenía un poco de mono.

—Estamos limpios… —habló Cesáreo—. Ahora trabajamos.

—¿Conocéis al inspector Matías Montoro? Él si se acuerda de vosotros. Echad una ojeada ahí fuera —señaló hacia una ventana acristalada que daba a una sala con numerosos policías uniformados.

Le observaron y al unísono negaron con la cabeza.

—¡Miradle bien! A lo mejor sí le recordáis de hace unos días cuando volvisteis de Jerez.

—¡Hostias! —dijo Cesáreo—, el taxista del aeropuerto.

—Es que no llega a final de mes y tiene que hacer pluriempleo. O sea que sí os suena.

Se quedaron de piedra, no sabían qué decir.

—Ya podéis imaginar que conocemos vuestras aventuras. Ahora tenéis dos opciones: La primera es quedaros a vivir una temporada en la prisión del Puerto de Santa María; la segunda, que cooperéis con nosotros. No hay más —carraspeó—. Os voy a dejar unos minutos solos para que habléis entre vosotros y me digáis qué queréis hacer.

Salió del despacho dirigiéndose hacia una máquina de bebidas. Al rato volvió con un café capuchino en la mano. *El Picha* y *el Emperador* habían cambiado de cara. Se les veía desbordados.

—Y bien, ¿qué habéis decidido?

—De acuerdo, cooperaremos; pero queremos garantías de que saldremos libres y sin cargos.

—No depende totalmente de nosotros. La fiscalía está al corriente de este caso y tratará por todos los medios de que así sea. De todos modos, vuestro futuro será chungo pues con tantas pruebas en contra os esperaban unos cuantos años en el trullo.

—Vale… ¿Qué se supone que debemos hacer?

—Algo sencillo; solo seguir con la vida normal, con los trapicheos. Y cuando se vuelvan a poner en contacto con vosotros para otro transporte, nos lo comunicáis.

—¿Cómo lo hacemos sin levantar sorpresas?

—¿Conocéis el kiosco Criso de la Plaza de Mina?

—Sí.

—Bueno, pues con cualquier cosa que debamos saber le decís al kiosquero que si ha conocido a Mágico González y nosotros nos podremos en contacto. Excuso deciros que si cometéis cualquier error lo pagaréis caro. ¡Ah, y de esto ni una sola palabra a nadie!

—Entendido, jefe.

—Ahora marchaos y espero que nos veamos pronto.

Juan Valera repasó un expediente bastante completo y acto seguido marcó el teléfono directo de la inspectora flores.

—Buenos días, Lucía; ¿podemos hablar?

—Sí, claro.

—¿Habéis averiguado algo del domicilio?

—Efectivamente, la persona que me dijiste ha vivido allí. Y ahora, agárrate los machos, compañero. Resulta que la otra mujer, la que no está fichada, se pasó por allí en varias ocasiones preguntando por ella. De eso hace un tiempo.

Escuchó al policía mascullar algo entre dientes.

—¿Y tú qué me puedes avanzar, Juan?

—Te diré, confidencialmente… Hemos llegado a un acuerdo con los chavales que transportan los maletines para que cooperen con nosotros.

—¡Bien hecho!

—También sabemos que quien coordina toda la infraestructura es un empresario de hostelería con un bar aquí, en la plaza de San francisco. Aún no hemos conseguido saber de quién depende. Sin embargo, un día a la semana todo el grupo narco se reúne en el bar, entre ellos las dos chicas y también otro hombre joven. Este es el que lleva la voz cantante; siempre viene acompañado por un guardaespaldas. Suponemos que es quien trae las instrucciones que han de ejecutarse. El siguiente escalón es el que nos falta.

—Muy interesante —respondió ella—. ¿Tienes foto de ese tío?

—Sí, claro. Te la mando; de momento eso es todo, seguiremos hablando.

—Espero que pronto podamos resolver este puñetero embrollo —dijo Lucía flores colgando el teléfono.

# XXXI EL PUERTO

Mientras tanto, en barcelona las cosas avanzaban mucho más despacio. Esteban Ruiz y su equipo, los efectivos de Vigilancia Aduanera de la Agencia Tributaria y los Mossos d'Esquadra seguían estancados. Lo único que tenían claro es que la cocaína seguía llegando al Puerto, ahora con más frecuencia y en mayores cantidades. Aprehendían algunos cargamentos pero la imaginación de los narcos no tenía límites y a tenor de los alijos decomisados en el parque logístico de la Zona franca…

El agente infiltrado tampoco conseguía averiguar gran cosa. Habían detenido a algún traficante de poca monta, que no les aportaba nada. Debían mirar más alto y ahí estaba el problema pues se había investigado a todo el organigrama corporativo de la Jefatura del Puerto pero sin ningún resultado. Al mando de aquella estructura debía estar alguien ajeno pero con importantes contactos.

# XXXII AJAX DE ÁMSTERDAM

La racha del Cádiz Club de fútbol no había pasado desapercibida en Europa, y aprovechando el descanso navideño el club había cerrado un partido amistoso en los Países bajos contra el Ajax. En cuanto la cúpula del narcotráfico tuvo conocimiento de este hecho puso en marcha una operación; debía aprovecharse la coyuntura del viaje para realizar una nueva transacción. La ocasión parecía propicia.

Como todos los días Montoro pasó por el kiosco de la Plaza de Mina. En esta ocasión la respuesta, un insignificante movimiento de cabeza mientras compraba el periódico, fue afirmativa. Alguien se había interesado por Mágico González. Sin tiempo que perder comenzó a caminar a paso rápido hacia la Comisaría de Policía en Puerta Tierra. Allí se dirigió al despacho del comisario para comunicarle la novedad.

—Este es el momento que estábamos esperando —dijo Valera—. Coge un coche de color negro de nuestro parking y márchate al domicilio de nuestros pajaritos. Como habrá ojos avizor a ver si les colamos que es un Uber.

—De acuerdo, voy para allá.

—Que te digan todas las instrucciones que han recibido y ya montamos el dispositivo de seguimiento. Ni una palabra a nadie; no sabemos quién puede estar detrás de todo esto.

Al ser primera hora de la mañana, probablemente encontraría a sus nuevos colaboradores en casa. A nadie le extrañaría ver llegar un coche pues era habitual que sucediera. Tocó el timbre del portero automático y, después de un rato, una voz cansada respondió al telefonillo.

—¿Puedes abrir? Tenemos que hablar.

—Ahora es muy temprano, vuelve más tarde —respondió una voz ronca que parecía la de José.

Montoro, al notarle reacio, se acercó a la cámara del vídeoportero.

—¡Abre de una puta vez! —añadió contundente.

La puerta se entreabrió al instante. Pasó por un hall vacío de muebles y de ahí a un salón repleto de porquería, cajas de pizza, cervezas y botellas de whisky.

—¡Qué…! ¿La noche fue dura?

Los dos amigos estaban en calzoncillos.

—Di a las señoritas que os acompañan que abandonen la casa y vestiros un poco más acorde con la visita.

José se dirigió a las habitaciones y con un «iros a tomar por culo», las mandó fuera de casa.

—Muy bien, José. Podrías haber sido un poco más amable con vuestras novias.

Ya solos los tres en la casa se sentaron en el sucio tresillo del salón. Poco a poco fueron despejándose del atolondramiento por la fiesta.

—A ver, qué tenéis que decirme. No he venido hasta aquí para veros, que ya os tengo muy calados.

—Hemos recibido la indicación… —habló *el Emperador,* que parecía el más enterado— de que vamos a viajar con el equipo a Europa.

—Eso no es nada nuevo; la noticia está en todos los periódicos locales. Déjate de chorradas y canta algo que no sepa.

—Nos dijeron que será como siempre pero esta vez no iremos con un maletín, sino que cada uno llevaremos una mochila del Cádiz, que nos darán y que debemos entregar a una persona que nos estará esperando.

—¿Cuándo es la salida?

—Mañana. A las nueve tenemos que estar en el aeropuerto.

—¿Qué más instrucciones os han dado?

—Nada más —dijeron al unísono.

—Está bien. Hoy no salgáis de casa por si tenemos que volver para hablar. Por lo demás, tranquilos y actuad como siempre. Llamáis otra vez a esas dos criaturas que habéis echado y rematad la fiesta como si no existiese un mañana.

Se marchó hacia la Jefatura, donde ya le esperaba impaciente el comisario Valera. Contó la información y las instrucciones. No disponían de mucho margen de tiempo para decidir qué debían hacer.

—Ok, compañero. Déjame un rato solo. He de hacer unas llamadas —se llevó la mano sobre la barbilla en actitud pensativa.

Acto seguido cogió el teléfono. Debía hablar con Madrid para coordinar la operación.

# XXXIII LUCÍA EN CÁDIZ

Marcó el número de la inspectora flores; al segundo toque le respondió.

—¡Buenos días, Juan; qué sorpresa!, ¡no me digas que ya has resuelto el caso! —dijo con cierta retranca.

—No, pero estoy más cerca. Necesito tu ayuda para lograrlo.

—Cuenta con ella, dime qué puedo hacer.

Juan Valera le informó de cuanto habían averiguado y del inminente viaje que tenían previsto realizar sus confidentes «futboleros» a Holanda.

—Perfecto, Juan. Quizás deberías ponerte en contacto con la Policía de ese país para que les hagan un seguimiento. También deberás solicitar autorización para que alguien de aquí les aceche.

—Me parece bien, pero la persona que viaje no debe ser de nuestra Comisaría. Cádiz no es una ciudad tan grande y nos conocemos todos. Y nunca se sabe.

—Está bien —dijo ella—. Mira si puedes gestionar que sea yo la que pueda desplazarme; conozco el caso desde el principio y domino el inglés.

—Me parece perfecto. Lo pongo en marcha y te digo. Tú vete preparando el equipaje, no disponemos de mucho tiempo para preparar esta operación.

—Espero tu llamada y no olvides mandarme nombre y fotografía de los policías de contacto de allí. Es importante que tengamos todo previsto —dijo colgando el teléfono.

A continuación llamó a la jueza para informarle de la situación y esta firmó la autorización para que se desplazase en la operación encubierta. Al mismo tiempo el comisario jefe de la Policía gaditana se reunió con Juan Valera, que esperaba impaciente.

—Todo conforme—dijo al tiempo que le entregó una carpeta—. Ahí está toda la documentación que se necesita, incluidas las fotografías de los policías holandeses que participarán en la operación, la pista donde aterrizará el avión, etc. También incluye un pasaje a nombre de nuestra compañera de Madrid. Ponte en contacto con ella para que venga lo más rápido posible. La haremos pasar por periodista.

Salió impaciente del despacho de su jefe con el teléfono móvil preparado para llamar a la aludida. Le dio la instrucción de coordinar la operación en el más absoluto de los secretos para evitar cualquier tipo de filtración.

—Estaba esperando tu llamada, acabo de colgar con mi superior. Supongo que habrán hablado entre ellos. Ya me ha dicho que la operación está en marcha. Debo viajar a Cádiz lo más rápido posible.

—No hay problema. Coge el primer AVE que puedas hasta Sevilla, te estaremos esperando. Disponemos de tiempo hasta mañana. De paso, en el tren te pones al día de las noticias de fútbol, pues acompañarás al equipo como periodista deportiva.

* * *

Desde hacía tiempo la Policía Nacional secreta vigilaba el bar. En los últimos días habían observado más movimiento de lo habitual. Les sorprendió la presencia de un conocido personaje que hasta entonces nunca había pisado por allí. La sorpresa fue mayúscula cuando le identificaron como el presidente del Cádiz C.f.

—¡Hostias!, ¿pero ese no es Alfredo Gutiérrez? —exclamó el policía que en ese momento hacía la guardia de vigilancia.

Inmediatamente llamó a Juan Valera para comunicárselo.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

—Totalmente. Le mando una foto que acabo de sacar.

—Perfecto —dijo Valera—, sigue en tu puesto e infórmame de cualquier cosa que suceda.

Le llegó la fotografía a su móvil. No se lo podía creer pero, efectivamente, era el presidente de fútbol de moda en todo el país. Observó que en la mano llevaba dos mochilas del club y se sobrecogió.

* * *

Lucía llegó puntual a la Estación de Santa Justa. Al momento de apearse se le acercó un hombre muy atractivo de mediana edad, con barba de varios días y vistiendo ropa casual.

—Lucía, supongo. Soy Montoro. Me envían de Cádiz para recogerla.

—Estás en lo cierto —dijo ella tuteándole. No podía dejar de observarle.

—Me alegro de conocerte. Me había hecho una imagen diferente de ti.

—Lo siento, si no es lo que esperabas…

—Es mucho mejor. Dame tu equipaje —él no dejaba de escudriñarla.

Le dio su maleta al tiempo que le comentaba que contenía ropa de invierno.

—He consultado la información meteorológica. Vaya frío hará allí.

—¡Las mujeres siempre lo tenéis todo previsto! —dijo él observándola furtivamente. Pues vamos —añadió imperativo en tono educado— no tenemos mucho tiempo y se tarda un poco hasta Cádiz.

—Cuando quieras —dijo Lucía sonriente.

Subieron a un Skoda SUV negro. «Parece un VTC», bromeó ella mientras se abrochaba el cinturón.

—Estás en lo cierto. En provincias no disponemos de tantos

recursos como en Madrid, pero es el mejor de nuestra flota y no lo utilizamos sino para las grandes ocasiones, como esta. Y me alegro, pues tú no te mereces nada peor.

—¡Cómo sois los andaluces; siempre tan atentos! Nunca dejáis de sorprenderme, pero agradezco la deferencia. Supongo que Montoro no es tu nombre.

—No; puedes llamarme Matías.

Fueron hablando del caso, de las dificultades policiales en el Estrecho, de los pocos recursos y de cómo se habían implantado las mafias del narcotráfico creando un verdadero problema social. Los dos estaban perfectamente informados y esperaban con ansiedad resolver este caso que tantos quebraderos de cabeza les estaba dando. Se dirigieron directamente del aparcamiento subterráneo de la Comandancia al despacho del comisario.

—Buenas tardes —dijo Juan—. bienvenida a nuestra ciudad, inspectora.

—Muchas gracias por todo lo que hacéis por esta investigación; sin vosotros no habríamos llegado a este punto.

—Sentaos. Tengo algo que comunicaros que ni por lo más remoto imagináis, por lo menos Montoro. Desde hace tiempo sabemos que en un conocido bar se cuecen muchas operaciones del narco. Esta misma tarde ha aparecido el mismísimo presidente del Cádiz con dos mochilas.

—¡Joder, jefe! ¿Está seguro? —Montoro alucinaba.

—Yo tampoco me lo podía creer, pero aquí tenéis la fotografía.

—¡Madre mía! —dijo Lucía—. ¡Esto ya es el no va más!

—Así es, Lucía; estaremos en tus manos a partir de mañana a las nueve.

—Espero no defraudaros.

—Viéndote —dijo Montoro—, no creo que eso suceda.

—Te hemos reservado una habitación en el Hotel Playa Victoria, que está aquí cerca. A las siete pasaremos a buscarte. Supongo que ahora te apetecerá descansar pues te esperan unos días intensos —dijo Juan Valera dándole la mano y deseándola suerte—. Si todo va según lo previsto ustedes no volverán a verse hasta después de la operación.

—Montoro, acompáñala hasta el hotel y quedáis para mañana.

El aludido puso cara de satisfacción.

—Mejor no —rectificó Valera—. Que no os vean juntos, no sea que alguien saque conclusiones y se vaya todo al traste.

—Me parece perfecto. Mañana a esa hora estaré cerca de la entrada. Esperaré ese coche negro tan chulo y de paso disfruto del viaje. Según me ha dicho Matías es un coche muy especial.

Juan Varela se sorprendió. Poca gente conocía el nombre de pila de su compañero.

* * *

Se levantó muy temprano para hacerse sus diez kilómetros diarios de carreras desestresantes. Adicta al running, durante una hora corrió a lo largo de la Playa de la Cortadura y, después de un baño gratificante, desayunó en el balcón de la habitación con vistas a la bahía mientras en su smartphone leía por última vez el dossier de caso. Para el viaje se puso uno de sus leggins y una camiseta de colores favorecedores. Un poco antes de la hora convenida se acomodó en uno de los sillones del hall junto a su maleta y un anorak de plumas. Las previsiones meteorológicas de Holanda… Al momento llegó el inspector Montoro en el coche negro y ella se dirigió a él como si se tratase de su Uber. Él no pudo por menos que observarla con cierto deseo.

—Pensaba que me había equivocado de persona; venía a buscar a una policía y encuentro a una modelo.

—¡No será para tanto! —en otra ocasión hubiese respondido de malas maneras ante aquella impertinencia pero se sintió adulada.

—Iremos hasta el aeropuerto de Jerez. Te dejaré ante la puerta de Salidas-Departures y a partir de ahí estarás sola. Deseo que todo vaya bien; así podremos celebrarlo a tu regreso.

—Eso espero.

La inspectora Lucía flores no tenía demasiadas ganas de conversación. Y, aunque no lo aparentase, estaba nerviosa.

# XXXIV HOLANDA

Llegaron a la vez que lo hacía el autobús del club. Y mientras los jugadores, técnicos y un buen puñado de aficionados se dirigían hacia un lado de los mostradores de facturación, Lucía flores se bajó del coche, hizo un leve gesto de asentimiento a Montoro y entrando en el hall aeroportuario se incorporó a la hermandad futbolera.

Manteniendo las distancias de seguridad pandémica, y ya cada cual con su correspondiente mascarilla, los jugadores comenzaron a fotografiarse con el medio centenar de cadistas congregados. La inspectora pudo reconocer a los televisivos Messi y Sergio Ramos, escuchar algunas de las órdenes del míster *Kiko* al equipo técnico y, cómo no, reparó en *el Picha* y en *el Empera dor,* integrados en una peña con sus camisetas amarillas y cada uno llevando al hombro una mochila en apariencia pesada.

Abstraída en sus reflexiones Lucía se sobresaltó al percibir que una persona llevaba un tiempo siguiéndola con la mirada. fueron apenas unos minutos que parecieron una eternidad. Se le acercó y se presentó como jefe de prensa del club.

—Supongo que usted es la periodista del Gibraltar Chronicle.

—Sí, la misma —suspiró tranquila—. Yo hablar poco español, mejor inglés.

—¡Qué susto te he dado! ¿Pensabas que era un secreta que venía a cachearte? Ja, ja, ja… ¡Cuélgate al cuello la acreditación de prensa! ¿Vale? Y no te preocupes, aquí tenemos todos los idiomas. Si necesitas algo me lo dices… Y gracias por tu cobertura informativa.

—Thanks.

A una voz del utilero encargado del check-in ante el mostrador de Iberia el vendaval futbolista, encabezado por un puñado de miembros de las brigadas Amarillas, se dirigió hacia los arcos de seguridad, que pasaron sin complicaciones, y de ahí hacia la puerta de embarque al tiempo que iniciaban el repetitivo cántico «alcohol, alcohol… hemos venido a emborracharnos, el resultado nos da igual. Oeoeoeoe».

El acceso resultó lento; a pesar de que ya no hacía falta una PCR reciente negativa, muchos de los pasajeros le mostraban el código QR o el Certificado COVID en sus teléfonos.

—Bienvenida. Go ahead, welcome —dijo la azafata al entrar al avión, dirigiéndose hacia la zona trasera entre hinchas que aún no habían colocado bien sus maletas.

—Thanks —contestó.

Avanzó por el pasillo entre silbidos y piropos con una copia del billete electrónico en el móvil. Su compañero de butaca le ayudó a meter la maleta en el portaequipajes, dejándola pasar muy educadamente a su estrecho asiento de ventana.

—Me llamo Héctor… Periodista de la Cadena Ser. No te había visto nunca por aquí.

—I don't speak a good Spanish —respondió ella.

—I speak a little English; if you need help, you can tell me. Lucía necesitaba a alguien para mimetizarse y poder pasar desapercibida, y qué mejor que un colega de Prensa. fueron hablando durante el vuelo.

—Me… no ver a… the president of the club.

—¡Qué novata, caray! Always travel on a private flight.

* * *

En el Amsterdam Airport-Schiphol todo transcurrió con normalidad y, como había memorizado los rostros de los gendarmes que la recibirían, coincidieron en la zona Arrivals 4, al lado del Holland Gateway que daba al parking y punto de encuentro cadista, para montar en el autobús de la expedición. El hombre y la mujer, de aparentemente su edad, llevaban la correspondiente acreditación de prensa. Tras un intercambio de abrazos como simulados compañeros de otros duelos deportivos, les señaló con la mirada a los dos muchachos que debían seguir.

—Nosotros hablar un poco de español —dijo el poitieagent mientras se incorporaban a la expedición.

Lucía flores observó alrededor. Se intranquilizó al no ver al compañero de la Ser. Echó una ojeada hacia la sala de espera y le vio aparecer sonriente.

—¿Dónde ir? Where did you go?

—I went to the toilet. Ja, ja, ja…

Mientras tanto los policías neerlandeses camuflados seguían al acecho y pronto comenzaron a hacer fotografías tanto a los futbolistas como a los hinchas, sin separarse del grupo. Todo siguió sin incidencias durante un buen rato. Sin embargo, en el momento de subirse al autobús que se dirigía al hotel apareció un hombre canoso abrigado con bufanda sobre un barbour; en un abrir y cerrar de ojos, y sin mediar palabra, cogió las dos mochilas casi al vuelo; aquella cesión pactada casi pareció un robo consentido. Los dos policías de incógnito ahora pusieron el objetivo en aquel tipo. Comenzó a caminar sin inmutarse. No miraba hacia atrás; se sentía seguro. Le siguieron a una distancia prudencial por algunas calles aledañas, y cuando pensaban que cogería algún coche volvió sobre sus pasos para entrar en el Sheraton Hotel Airport, apenas a cien metros de la terminal. Sin inmutarse, y a paso lento, se dirigió hacia los coquetones asientos del restaurante de tránsito.

No sabían qué hacer. Con un numeroso equipo policial de apoyo en el exterior esperaron alguna orden. Se sentaron tres mesas más allá y antes de que les sirviesen su café vieron acercarse a un viejo jugador

internacional de fútbol. Para no levantar sospechas pusieron un *WhatsApp* a Lucía. «Tú sigue con expedición. Nosotros aquí hotel Sheraton. Reunido con Johnny Rep».

Desde los asientos traseros del bus ella estuvo haciendo fotografías de los grupos de peñistas. Recibió el mensaje y lo reenvió de inmediato a Juan Valera. A los pocos segundos este le respondió: «Sí, antiguo futbolista internacional. Jugó con el Valencia Cf las temporadas 75-77».

Mientras, la pareja encubierta jugueteaba con sus móviles tirándose fotografías y haciéndose arrumacos y como si se tratase de dos enamorados en viaje de novios. No los perdían de vista. Pasados unos minutos dos varones se acercaron a los vigilados y se sentaron junto a ellos. Uno enfrente y el otro dándoles la espalda. Los fotografiaron y enviaron las fotos a Lucía. En otro mensaje ella respondió «el más alto, el presidente del Cádiz Cf. Del otro me suenan sus rasgos. Esperad indicaciones de arriba. Voy para allá».

Cuando se detuvo el autobús ante el Hampton by Hilton Hotel donde pernoctaría el equipo, apenas a dos kilómetros del Arena Park del partido, Lucía se separó del grupo pues de inmediato pasarían a recogerla. Cuando colgó el teléfono un coche policial camuflado se detuvo ante ella.

—Mevrouw ( *Señora en neerlandés.*)Lucía… —dijo el conductor.

No sabía qué significaba pero se subió al asiento del copiloto mientras respondía con un «Yes». El conductor parecía un kamikaze. Sintió terror ante aquella forma de conducir. Llegaron en menos de seis minutos a gran velocidad por la A4 sin decirse ni una sola palabra. Ya esperaba la compañera policía.

—Muy bien. Casi todos los que ves son compañeros de la secreta. Podemos entrar cuando tú querer; nosotros tener ya autorización del juez —explicó en un aceptable español.

—Magnífico trabajo, compañera. Ahora solo falta rematar la faena —respondió excitada.

# XXXV LA SORPRESA

Quizás algunos de los paseantes que se movían como hormigas por el hall del hotel pudieran ser verdaderos turistas y camareros; sin embargo, nada difería a los momentos previos de un flashmob, aunque en vez de bailarines de danza contemporánea se esperaba una ráfaga inminente de policías encubiertos que caerían como por ensalmo sobre aquellos desalmados.

Un instante después un mando de Europol dio la orden de confirmación a la inspectora Lucía flores y ella gritó con voz seca «¡Adelante! Go ahead!».

Como un ballet perfectamente sincronizado la señora que paseaba el carrito de un bebé, un corro de jóvenes con aspecto de universitarios en Erasmus, un fraile franciscano que parecía sacado de un cuadro de Rembrandt, dos camareros, varias mujeres de negocios y un numeroso grupo de hipster se abalanzaron sobre la mesa donde se encontraban los cuatro vigilados.

—Get down, cop! On your knees! ¡Al suelo, Policía!

Se oyeron voces atronando en diferentes idiomas, y una tromba de personas cayó como una manada de búfalos bramando sobre los cuatro con tanta violencia que hicieron añicos la mesa y todas las tazas de café. Medio minuto después estaban esposados y boca abajo sobre el suelo. Luego, a otra orden del representante de Europol los pusieron de pie con cuidado mientras les decían sobre sus derechos…

Los colocaron en fila mirando hacia el grupo de policías, con las mochilas del club justo donde habían quedado después de que uno de ellos hubiese dado sendas patadas precisas, muy al estilo del centrocampista Johan Cruyff, lanzándolas ante una papelera. Algo magullados, con aspecto asustadizo y sin dar crédito de cuanto había sucedido, como si se hubiese tratado de una película a cámara rápida, a cada uno le flanqueaba dos de los policías encubiertos que, ahora, lucían su correspondiente placa identificativa colgada del pecho.

—¿Qué es esto? ¿A qué esperamos? —gritó enojado el presidente del club.

—Estén tranquilos, que enseguida vendrá la autoridad competente, policial, por supuesto, a determinar qué es lo que va a ocurrir.

Ante su cara de incredulidad, alguien lo repitió en inglés «…the competent authority, police, of course…».

—¿Pero de qué se nos acusa? —volvió a gritar el presidente del Cádiz con actitud chulesca creyéndose impune.

—¡De tráfico ilícito de estupefacientes, de blanqueo de capitales y de pertenencia a un grupo de delincuencia internacional!

* * *

La cara de asombro de la inspectora flores fue de las que marcan época.

—¡Jordi! ¡Jordi, viejo amigo! ¿Pero qué hace usted por aquí?—la inspectora parecía estar alucinada.

Este no supo qué decir y bajó la mirada.

—¿Conocer a estas personas? —dijo la mujer policía.

—Sí, a dos. Al presidente del Cádiz Cf y a este… —señaló a Jordi— de un caso abierto en España. No sé quiénes son los otros dos.

—Nosotros sí conocer bien; hace tiempo seguir pista para arrestar.

Todos fueron conducidos a las dependencias de la Politie Amsterdam. A los numerosos coches camuflados se les unieron un furgón y varios SUV, que haciendo sonar sus sirenas dejaron el restaurante del hotel como si nada hubiese sucedido. Luego, con el objetivo conseguido y tras haber rellenado todas las instancias y requerimientos de extradición activa y todos los presupuestos procesales requeridos sobre los detenidos españoles, llegó el momento de la despedida de la inspectora Lucía flores.

—Nosotros ocupar de todo, tranquila tú; buena policía española —dijo uno de sus compañeros al tiempo que ordenaba que la acompañasen al hotel.

Antes de caer rendida sobre la cama de la habitación llamó a su jefe, que ya estaba al tanto de la acción, así como al comisario gaditano Juan Varela.

—¿Estás bien, Lucía? Aquí todo se ha desarrollado según lo previsto. ¿A ti qué tal te ha ido?

—Perfecto, con una gran sorpresa. En un rato te enviaré el informe. Ah, da recuerdos a Matías de mi parte.

La última llamada fue para el inspector Esteban Ruiz, de barcelona.

—¿Qué tal, compañera? ¡Cuánto tiempo sin saber de ti!¡Me tenías preocupado!

—No te vas a creer lo que ha sucedido; ahora mismo estoy en Ámsterdam.

—¿Y qué haces ahí con ese frío?

—Pues ni más ni menos que deteniendo al escurridizo Jordi por tráfico de drogas.

—¿El farmacéutico?

—¡El mismo! ¡Y, además, en una operación a gran escala! ¡Hay muchísimo dinero por medio!

—Me lo podía imaginar…

—Yo creo que procede que detengáis a su tío Andrés. Me temo que está implicado.

—No me extrañaría; por eso nos ha costado tanto dar con el cabecilla del Puerto. Ahora mismo doy órdenes para traerle a Comisaría.

—Te dejo; ya me contarás. Hazlo con la máxima discreción. No sabemos hasta dónde puede llegar la trama.

—De acuerdo, hasta pronto.

* * *

Se celebró el partido y el resultado fue lo de menos. No pasó desapercibida la ausencia del presidente en el palco principal junto a su homólogo holandés y, enseguida, los periodistas comenzaron a preguntar por él, por aquel tipo populista, carismático, de maniobras empresariales un tanto turbias y que no se perdía una sola oportunidad televisiva. Durante la rueda de prensa posterior al duelo futbolista, ¡qué incómodo el largo silencio del sorprendido jefe de prensa del club cuando un periodista de la agencia internacional Reuters le informó de que un hilo de Twitter recogía la detención del presidente del Cádiz Cf, acusado de pertenecer a una mafia del narcotráfico!

* * *

Una vez que todos los detenidos se hallaban a la espera de conocer su acusación formal, pudieron acceder a sus teléfonos móviles para realizar una única llamada que, a instancias de Europol, sería grabada y rastreada sin que ellos lo supieran. Así lo hizo el presidente del club, que requirió un representante legal a las Oficinas Consulares españolas. Y también Jordi que, en una artimaña que parecía sacada de una película de espías, recogió el teléfono, buscó en la agenda móvil y encontró el contacto llamado UNO. Poniéndose de espaldas al grupo policial tecleó una sola vez, sonaron tres pitidos, dijo «hasta aquí hemos llegado» y colgó. Acto seguido borró el número y entregó el teléfono a un acechante policía.

Sabría mucho de procedimientos farmacológicos ilícitos pero de temas científicos no andaba sobrado. A la Unidad Tecnológica de la Policía europea no le fue difícil rastrear el número y la ubicación del receptor, que correspondía a un teléfono de prepago situado en la cárcel de Soto del Real. Cuando informaron a la inspectora Lucía flores de este hallazgo tuvo un acceso de risa nerviosa. Y a su interlocutor policial solo le dijo «Ya está. Hemos matado dos pájaros de un tiro. Todo está resuelto».

* * *

Aquella argucia bien ideada permitió a la Policía llegar hasta el jefe de la camarilla narcotraficante. Lucía flores, por su parte, permaneció en Ámsterdam unos días trenzando toda la información hasta escribir un Informe Pericial perfecto. Varios días después de entregarlo recibió la orden de regreso, conociendo ya que, dada la envergadura del caso, este había pasado a la Audiencia Nacional. Y

cuando iba a entrar en el avión no pudo por menos que pensar en *el Picha* y en *el Em perador* con sus camisetas amarillas, para decirse entre dientes «¡buena suerte, cabroncetes, la necesitaréis!».

Casi siete horas después, haciendo escala en barcelona, llegó al aeropuerto jerezano. El conductor de un coche negro la esperaba con impaciencia.

# XXXVI EL NUEVO JUICIO

Ante la gran cantidad de personas implicadas, el macrojuicio se celebró en el recinto ferial Ifema. Los investigados procedían de Colombia, Holanda, Alemania y, por supuesto, España.

El Ministerio fiscal acusó a una trama internacional compuesta por más de ochenta imputados y en la que declararon casi quinientos testigos. «Esta mafia, se explicó, ya tenía una importante presencia en el centro y sur de Europa. Operaba traficando con cocaína y, sobre todo, en el lavado de dinero, pues en algunos países hay un sistema judicial suave y además no existe la voluntad política de combatir el blanqueo de capitales». Se demostró que los jefes, de nacionalidad española, eran el anciano Andrés, antiguo agente marítimo para la zona de América Latina, y Antonio, el portero, y en menor grado Jordi y Aurora, sobrinos del primero.

Los acusados, junto a los delegados de la trama en distintos países y los cabecillas de un importante cartel colombiano, debían responder a cargos como pertenencia a asociación mafiosa, homicidio, extorsión, tenencia ilícita de armas, tráfico de influencias, corrupción, abuso de poder y tráfico de estupefacientes. La condena impuesta, la máxima que permite el Código Penal y según la jerarquía en la organización, fue ratificada después por el Tribunal Supremo.

También se repitió el Juicio del envenenamiento. En una revisión más exhaustiva de la autopsia se encontró una cantidad importante de brodifacoum, veneno utilizado para animales y difícil de detectar. Consecuentemente Aurora y sus cómplices fueron juzgados nuevamente y acusados de homicidio en primer grado.

A raíz de la detención de su presidente, el Cádiz Cf sufrió una desbandada de jugadores y acabó descendiendo a Segunda División.

La inspectora Lucía flores recibió la orden del Mérito Policial y Cruz con Distintivo blanco, entregada por el Ministro del Interior. En su discurso la galardonada dio las gracias a su equipo, sin olvidarse de los compañeros de barcelona, dirigidos por el inspector Esteban Ruiz, y a los de Cádiz con el comisario Julián Valera a la cabeza, presentes en el acto. Y también al ya jubilado Alfonso, que se desplazó desde su retiro toledano.

* * *

La vida de Lucía transcurría en un continuo puente aéreo entre Madrid y Jerez, con un posterior trayecto hasta Cádiz en un coche negro con un conductor llamado Matías, con quien pensaba casarse al año siguiente. Muy felices, ya verían dónde instalarse en un futuro.

José y Cesáreo no fueron imputados. Después de vender el casoplón de Sancti Petri cada uno se había comprado, junto a sus

respectivas parejas, un apartamento con vistas a la Playa de la Victoria, donde habían puesto un chiringuito Loungebeach conocido como *el Picha & el Emperador*. Decorado con un gusto exquisito y mimetizado con el entorno en su menú sobresalían, junto a los típicos pescaítos fritos, exquisitos platos de borriquetes, doradas y sardinas de la lonja de Conil y el atún rojo de las almadrabas gaditanas. Habían abandonado por completo el mundo de la droga y Cesáreo ya esperaba su primer hijo.

Los enseres de Antonio, el portero, permanecerían en el cuarto de la limpieza de *La casa de los ricos* durante muchos años.

# Efemérides y agradecimientos

La primera parte de la novela fue escrita durante el duro confinamiento de los primeros meses de 2020. Estuve acompañado por mi nieto Héctor nacido el 26 de enero, por sus padres Fran y Sara, así como por mi esposa Asun, y con las visitas periódicas de mi hijo Gonzalo. La segunda parte corresponde al periodo con menos restricciones sanitarias, en el que todavía no se ve el final.

Agradezco a los lectores de este libro su atrevimiento por llegar hasta el final. Está escrito con mucho cariño y con infinidad de carencias lingüísticas y narrativas. Me han servido de inspiración las novelas de Petros Márkaris así como lecturas de la magnífica obra de John Grisham.

Mi recuerdo para mi amigo Félix, que siempre me ayudaba con sus reflexiones. Descanse en paz. También, a Juan Reviriego y a su amigo abogado Jorge González por sus aportaciones jurídicas.

*Camino dando saltos sin darme cuenta. Camino torcido sin saberlo.*

*No es más fácil andar normal y en línea recta. Pero por qué, si no tengo prisa.*

*Si no tengo dónde ir. Si no me espera nadie.*

*A lo mejor a saltos y torcido tardo más. Seguro que eso es lo que quiero,*
*o no llegar a ningún sitio.*

*Nadie me espera ni se dará cuenta de que me ido. Pero camino saltando y torcido;*
*no sé hacer otra cosa.*

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE
DIRECCIÓN GENERAL DE INDUSTRIAS CULTURALES Y COOPERACIÓN
SUBDIRECCIÓN GENERAL DE PROMOCIÓN DE INDUSTRIAS CULTURALES Y MECENAZGO